

La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 10 DE ABRIL DE 1916 →

Núm. 1.789



Excmo. Sr. D. Luis Aizpuru Mondéjar, comandante general de Melilla

El general Aizpuru, completamente identificado con el Residente general en Marruecos, general Jordana, en normas y procedimientos de penetración, tomó parte activa en todas las operaciones por aquél realizadas, y en la actualidad las prepara política y militarmente y las dirige con exquisito tacto y acierto admirable. La última importante operación por él llevada a cabo ha sido el nuevo avance en Ziata y en el Harreig, del cual damos cuenta en este mismo número. (Fotografía de Lázaro.)

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.303



Vencedor en cien combates,
bien demostró su bravura.
Vencióle al fin de una dama
la arrogancia y hermosura.
¿Fué un triunfo de Cupido?
Triunfó la PECA-CURA.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN. Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLOS tipo PIANOLA. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis**.
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.

NO MAS VELLO



DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadrados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

BALNEARIO ORIUS

CALDAS DE MONTBUY
Reumatismos, gota, anquilosis, escoliosis, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.
Instalación hidroterápica completa.—Servicio de cocina esmerado.—Grandes comedores con vistas al campo.—Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura.—Gran parque, etc.
No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU
Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

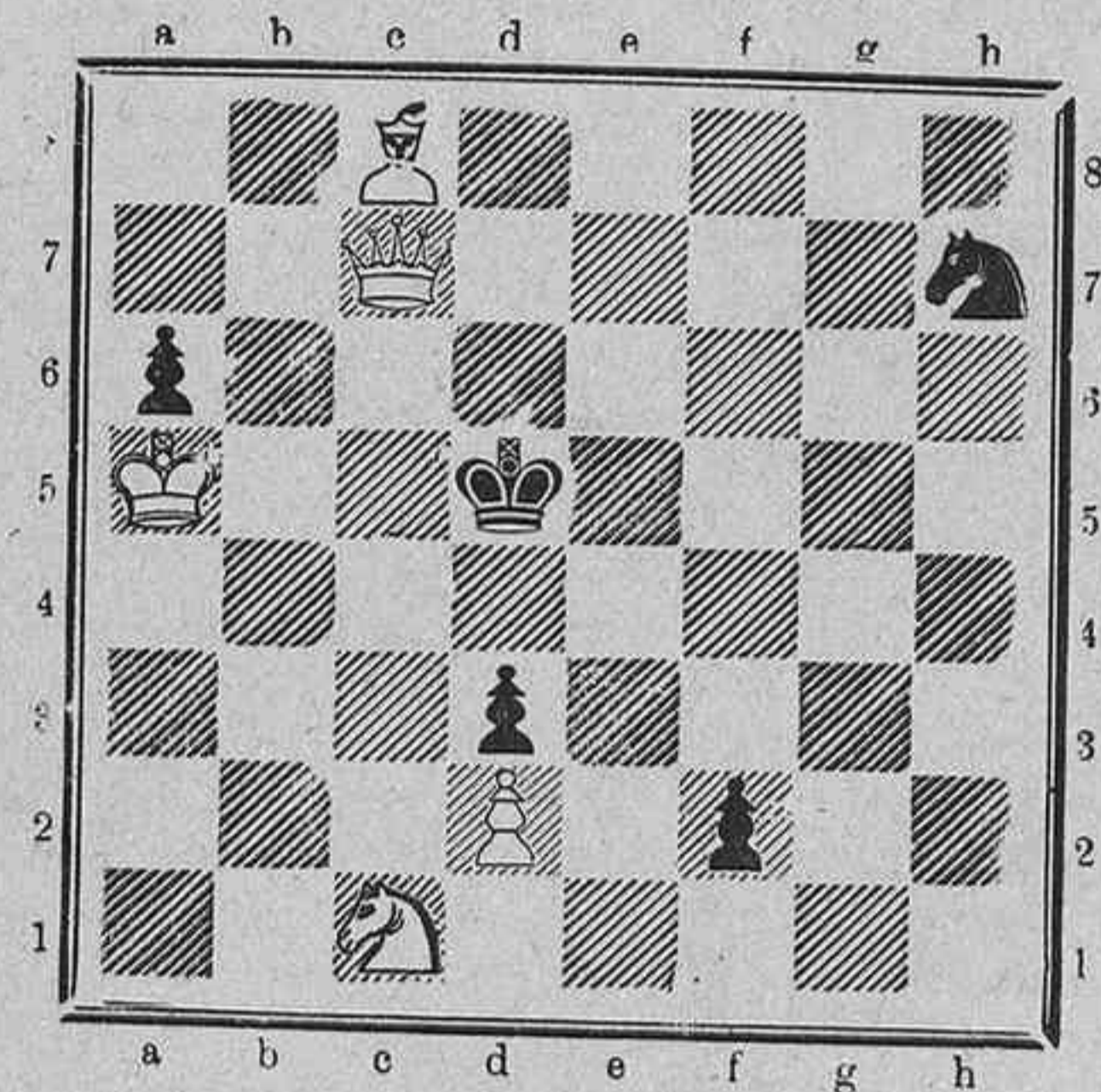
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS
ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

PROBLEMA NÚM. 29. LEMA: «DIAMANTE»

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

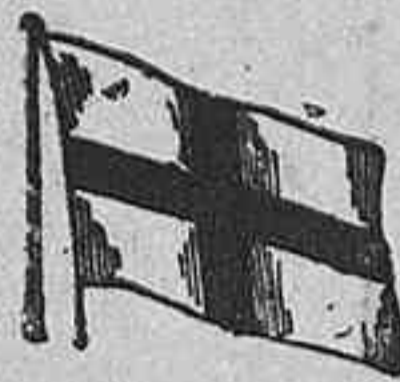
PROBLEMA N.º 20. LEMA: «Laberinto». — BLANCAS: R b 8, D g 4, A h 7 y h 8, C a 8 y f 3, P a 5, b 7, c 2, d 2, f 7 y g 3 (12 piezas). NEGRAS: R d 5, C f 6, y h 4, P b 4, c 5, d 6, e 7 y f 5 (8 piezas). Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 27. LEMA: «ALHAMBRA 1»

1. A e 3 - d 6, D a 8 - c 6, d 5, e 4
 2. e 5 - e 6 jaq., etc.
 - T a 4 - a 5
 2. e 5 - e 6 jaq., etc.
 - C h 6 - g 4
 2. e 5 - e 6 jaq., etc.
 - Otra jugada
 2. e 5 - e 6 mate.
- Insoluble, pues no hay mate después de 1... R f 4 x g 3.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 28. LEMA: «ALHAMBRA 2»

1. C e 8 - d 6, T h 2 x h 3
2. C d 6 - f 7 jaq., etc.
- T h 2 - f 2
2. C d 6 - c 4 jaq., etc.
- c 7 x d 6
2. A a 3 x d 6 mate
- Otra jugada
2. C d 6 - f 7 mate



VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES

DE
Pinillos, Izquierdo y C.
S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Príncipe de Asturias, Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

57.375 toneladas Morson de registro total.

LÍNEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

Servicio mensual rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

LÍNEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO PARA SANTOS, MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

por los nuevos vapores-correos de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provistos de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

PRÍNCIPE DE ASTURIAS * INFANTA ISABEL

Salidas de Barcelona el día 17 de cada mes.

Travesía en 15 días

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm 1. piso 1.º

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES A PRIMA FIJA Representada en toda España

LA CATALANA

CAPITAL SOCIAL
Subscrito. . . . 5.000.000 de pesetas
Desembolsado. 1.500.000

DOMICILIO SOCIAL: Rambla de Cataluña, 15, y Cortes, 624 — BARCELONA
Autorizado por la Comisaría General é Inspección de Seguros en 26 de Junio de 1909

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 10 DE ABRIL DE 1916

NÚM. 1.789



El eminente pianista y compositor Enrique Granados, que, en unión de su esposa, murió trágicamente el 24 de marzo último a consecuencia del torpedeamiento por un submarino alemán del transatlántico *Sussex*, en el que viajaban, en el Canal de la Mancha. (De fotografía de Audouard.)

(Véase la página 247.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de la serie del presente año, que es el primero de la

HISTORIA DEL RENACIMIENTO

obra escrita por José Pérez Hervás, a vista de las mejores obras históricas de carácter general, estudios particulares y monografías del Renacimiento de toda la literatura europea. El tomo va profusamente ilustrado.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Amor con amor se cura*, por Pedro de Tornamira. — *La guerra europea*. — Madrid. Conferencia del Sr. Rodríguez Marín. — *La jura de la bandera*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — Melilla. *Un nuevo avance sobre Ziata y en el Harraig*. — Enrique Granados. — Madrid. *Novedades teatrales*.
Grabados. — *El eminente pianista y compositor Enrique Granados*. — *El celebrado pintor Federico Beltrán y algunas de sus obras*. — *La guerra europea*. — *La Escuela de Atenas*, célebre fresco de Rafael Sanzio. — Madrid. Conferencia del Sr. Rodríguez Marín. — *La jura de la bandera*. — *Notas de actualidad de Melilla, Portugal y Madrid*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Este tiempo pascual que se aproxima me hace pensar en el viejo Fausto. Unión de símbolo, lirismo y sátira, con algo de caótico es *Fausto* la última obra de alto significado poemático, semejante al de la *Divina Comedia*.

A Goethe, por *Fausto*, obra de su madurez, se le ha considerado como un semidiós. Yo rebajaría algo esta talla, sobre todo si pienso con cuánto menos aparato, sin pedantería ninguna, ha mostrado Cervantes el cuadro completo del destino humano y de la lucha del hombre con ese destino.

Hay en Goethe una fuerza de cálculo, una aplicación y concentración de todas las energías de su ser a una idea, de propio engrandecimiento y de trabajo ardiente, que recuerdan, en estos momentos críticos para la humanidad, la raza a que pertenece, la mentalidad alemana. *Goethe über alles*, parece clamar Fausto a cada renglón. Nada le distrae de su tarea. Pasa una mujer que le interesa, y se desvía. ¡Esta mujer me costaría dos años de mi tiempo! Su impasibilidad de bronce era la coraza de su genio. No se sabe si bajo tal coraza latía un corazón. Acaso sí, pero comprimido y ahogado. Por eso exclamaba *Stund ich, Natur! Vor dir ein Man allein!* «¡Oh naturaleza, naturaleza! ¡Ante ti, ser solo un hombre y nada más que un hombre! ¡Eso valdría la pena de ser hombre!» El pobre alcahalero, el preso de Sevilla, el cautivo de Argel, era, ante la naturaleza y ante el vasto mundo, un hombre, y nunca pretendió ser semidiós. Tal vez lo haya sido, por la misma causa.

En Goethe, la razón domina a la inspiración. Es tan superior la inspiración a la razón, en la poesía, que siendo defensible la superioridad de la segunda parte de *Fausto*, lo único que ha llegado a la humanidad es la primera, en la cual hay algo de sentimiento y de realidad. La segunda parte de *Fausto* es una ambiciosa concepción, ejecutada con arte soberano...; pero siempre marcada con un sello de voluntad, más que de inspiración.

Y ahora, compárese el personaje de Fausto con el del hidalgo manchego. Don Quijote es infinitamente más simpático, aunque Fausto, con sus incasantes agitaciones, sea también un tipo profundamente humano. No en balde *Fausto* es obra del romántico autor de *Werther*. Es un alma insaciable, que busca lo que la humilde y sencilla Margarita encontró desde el primer momento: la salvación, el bien.

No cabe duda que Fausto es la imagen de la humanidad: tal fué la vasta concepción de Goethe. No se puede negar su grandiosidad. Aparece esta epopeya en un país donde, según Goethe, no hay obras maestras; pero todo el mundo ha leído demasiado. Estas y otras preocupaciones, intelectuales del autor se traslucen en las páginas del libro. Es Goethe, ante todo, el soberano literario que ha sido venerado por una generación, y que ve surgir otras nuevas, jóvenes, prontas a discutir, a olvidar su soberanía. He aquí la parte personal que existe en el *Fausto*, y acaso no es la única. Fausto, como veremos, en muchos respectos es el mismo espíritu de Goethe. No desmiente así su filiación romántica. No así el *Quijote*. Nunca Sancho ni el Ingenioso Hidalgo son realmente su autor. Pura y libre de subjetivismos nació la concepción poética en la mente del Manco.

Según el consejo del bufón, en el prólogo de *Fausto*, el *Quijote* está cortado en pleno paño de la vida humana; la vida que todos viven y que pocos conocen; y, acertando con la vida, el interés no faltará, opina el bufón. Mefistófeles, en el prólogo, nos

lo dice: el dioscello del mundo, el hombre, viviría algo mejor si Dios no le hubiese dado, con la razón, un reflejo de la luz celeste, del cual se sirve para ser más bestial que los irracionales. Por eso Fausto, símbolo de la humanidad, en su angustia, desdeña lo terrestre, boga en el espacio, y semiconsciente de su locura, pide al cielo las estrellas más hermosas, a la tierra goces sublimes, pues no hay nada que calme la insaciable aspiración de su pecho. Conociéndole, Mefistófeles solicita tentarle, extraviarle. El Señor se lo concede con confianza. No duda del fracaso del espíritu maligno.

Por su parte, Fausto, en su vida de sabio encerrado en un laboratorio, ha visto la inania de la ciencia ante los grandes problemas, y se entrega a la magia para conocer el misterio del mundo. Notad qué diferencia con el loco de Cervantes: éste es un afanoso de acción: no quiere rasgar el velo de misterio alguno, sino realizar proezas superiores a las fuerzas humanas. La magia, que también juega en su asunto, toma el aspecto de los malignos encantadores, que impiden o malogran sus magníficas hazañas. Y el ansia de Fausto es libertarse de la inquietud científica, y bañarse, a la luz de la luna, en el rocío.

Por último, Fausto, cansado, piensa en el suicidio. La copa envenenada que acerca a sus labios cae de ellos al oír los cánticos que celebran la Pascua y la resurrección de Cristo, la alegría de la nueva Primavera. Y Fausto define la esencia de la vida. Al principio era el Verbo... No, al principio era el espíritu... No, al principio era la fuerza... ¡Tampoco! Al principio era la acción... Entonces aparece Mefistófeles, «la fuerza que quiere el mal y hace el bien», el espíritu que niega, que desea la ruina de todo y cuyo elemento es el pecado y la destrucción. Vanos deseos: el mundo resiste; hay algo que se opone a la nada; siempre circula sangre joven. Fausto se entrega al brujo. Si logra un momento de reposo en el seno del goce, que sea de Mefistófeles su alma. Y Fausto peregrina desde la blanca alcobita de Gretchen al complaciente domicilio de la Celestina Marta, y al jardín donde la inocente pregunta al sabio si cree en Dios, origen de tan admirable respuesta, y por último a las montañas del Harz, en la noche de Valpurgis, entre brujas y chivos y hermosas hechiceras a quienes, bailando con Fausto, les salen ratones encarnados de la boca, viendo el espectro de Gretchen, que hiela la sangre. A estas escenas suceden los esplendores de la corte del emperador, el bullicio de las mascaradas; y desfilan las Gracias y las Parcas, convertido Fausto en Pluto, en plena magia, porque la magia es el alma del poema, es su substancia misma, ajena a la realidad; y ya esto sólo lo diferencia profundamente de la concepción de Cervantes, donde ni una superstición encuentra acogida.

Mágico es también el imitado incendio del palacio del Emperador, el cual, con buen sentido, evoca el recuerdo de *Las Mil y una Noches*. Pero la noble esencia de Fausto, del héroe, pasa por cima de esta mascarada y va más allá, al fondo del pensamiento. Es él quien arrastra a Mefistófeles y se lanzan, con ardor, a conocer a las Madres, las misteriosas Madres, principio de cuanto es y ha de ser, que habitan en el reino de lo increado. «La teotía es gris, y el dorado árbol de la vida es verde», dice Mefistófeles. Fausto, sin embargo, no retrocede y al través de los espacios, de las soledades, sin camino ni oriente, en el vacío, va a buscar a las extrañas diosas. Por el misterioso tripode y la llave mágica hace reaparecer la belleza en Helena y Paris. Luego viene la noche clásica: también, según el dicho de Mefistófeles, los espectros pueden ser clásicos y no románticos. Y sobre este conjunto se destaca la frase de Manto: «Me gusta el que sueña lo imposible.»

Y el sábado clásico no es menos fecundo que el aquelarre romántico en vestiglos, fantasmas, endriagos y pigmeos, dáctilos, grifos, hormigazos, grullas, larvas, marmidones, espectros de viejos filósofos que discuten sobre las teorías plutónica y húmeda, forquias, driadas, hasta que al fin asoman los mitos graciosos: nereidas, tritones, sirenas, bajo la luz amorosa de la luna. Y luego, los telquinos, fundidores y forjadores, hermanos menores de Vulcano; los pueblos fabulosos, Galatea en triunfo. Son innumerables y confusas las apariciones de la noche clásica; pero vienen a parar en la unidad y el amor.

Un trozo hermosísimo encierra el poema: es en el tercer acto, el episodio encantador, superior al de Gretchen, de Helena en Esparta, en el palacio de Menelao, que le prepara el sacrificio, y donde la rescata Fausto, haciendo del amor de la Edad antigua y la Edad media romántica aquel Euforión, símbolo de toda poesía. Los que buscan simbolismos en el *Quijote* deben buscarlos en el *Fausto*, que los encierra a millares. Y, al final, vendrá la remi-

niscencia de otro gran poema que abarca todo el panorama del humano destino: encontrarán un reflejo de la *Divina Comedia*, un final de mística ascensión al cielo. Como la ciencia no puede satisfacer al alma humana, es «lo insuficiente», *das unzulängliche*, lo que conduce a la unión con Dios; lo inenarrable, lo indescriptible, *das unbeschreibliche*; y lo que no alcanza la inteligencia se resume en *das ewigweibliche*, lo supremo y eterno femenino, que muchos creen alusión licenciosa y no es sino lo sumo de la pureza y santidad, la Virgen madre, la Mujer bienaventurada, a quien el doctor Mariano, el franciscano Dunsio Escoto, implora faz contra tierra, y a quien por las oraciones de la penitente que antes se llamó Gretchen concede Dios la salvación final del Doctor Fausto. Este sentido místico del poema resume toda la Edad Media, toda la concepción teológica y caballeresca de la Mujer; es el edificio gótico en que trabajaron reunidos los bárbaros del Norte y los latinos decadentes. Como en el *Quijote*, todo para en una Dulcinea, en una mujer ideal; pero lo que la imaginación del hidalgo manchego concibe tan fácilmente, Goethe ha tenido que prepararlo con titánico esfuerzo mental, por medio de una serie de trincheras de erudición, filosofía, historia, mitología, fábula, evocando todo el pasado, todos los títulos de gloria y de lucha de la vieja humanidad al través de los mundos. Y esto bastaría para dar al *Quijote* su diploma de espontaneidad soberana, que le hace español por esencia, presencia y potencia.

Así la obra de Goethe es bien nacional para Alemania, y el autor de *Fausto* encarna la concepción de la raza, plenamente. Intuición, esfuerzo, intensidad, todo el vigor corporal y espiritual condensado para producir un monumento — o para producir una guerra, una conquista —. Y no seré yo quien niegue el valor de la voluntad, su mérito, su inmensa transcendencia en el destino humano. Y en don Quijote hay, sobre todo, un héroe de la voluntad, porque la alucinación es una cosa y la voluntad otra, y aunque Don Quijote tome por gigantes a los molinos de viento, no por eso deja su voluntad de ser diamantina, en cuanto al propósito de ejercitarla para realizar el ideal caballeresco. Cervantes, sin embargo, no es una voluntad regularizada e intensificada para el mayor rendimiento y fruto, como vemos que es la de Goethe. Hay en Cervantes el descuido artístico, la llama encendida por casualidad (o punto menos).

Y he aquí cómo los pueblos, en sus evoluciones, marchan en el sentido que sus grandes hombres les señalan; y he aquí cómo, a su vez, los grandes hombres representan a los pueblos y, antes de que la conciencia nacional llegue a su plenitud, la encontramos bien afirmada en los grandes hombres. Goethe expresa a Alemania en todas sus fases, y el *Fausto* es el poema germánico, lo mismo que el *Quijote* es el poema latino, más aún que la *Divina Comedia*.

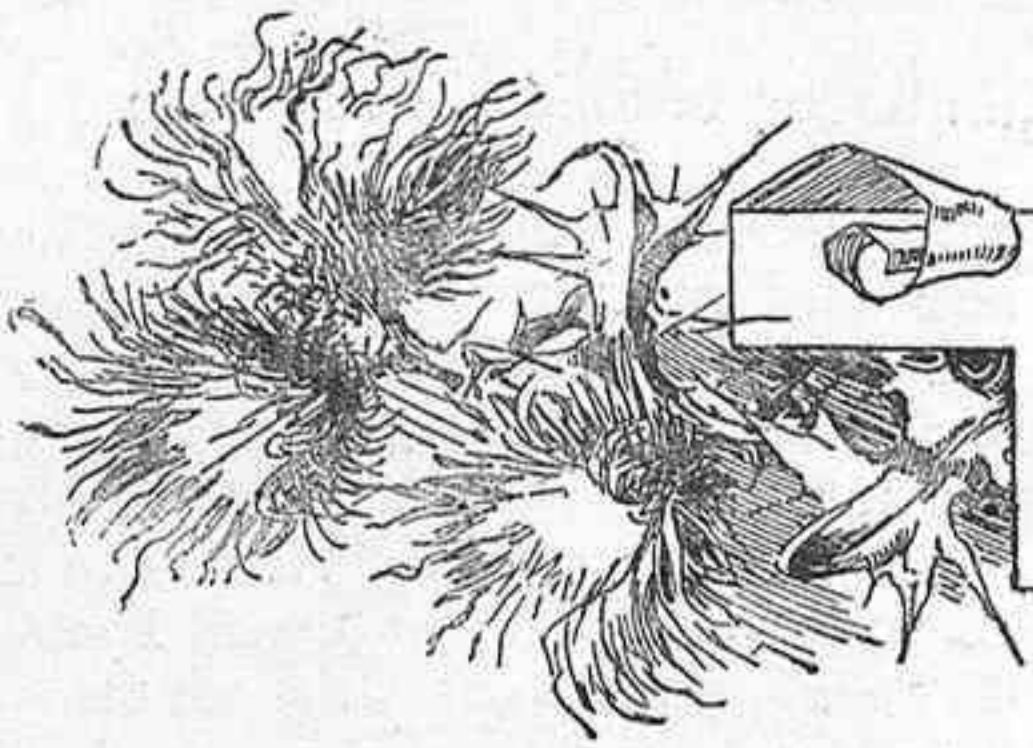
No por eso he de convenir con los intelectuales parisienses a quienes *El Imparcial* consultó, en que Don Quijote era un caballero francés. Bueno estaría que preguntásemos la opinión de un cocinero sobre los chorizos de Candelario, y contestase, alabándolos, que eran unas verdaderas salchichas provenzales. Cepos quedos, me han dado ganas de exclamar muchas veces al leer esa información: no nos quiten hasta el *Quijote*, aunque sea para decirnos cosas de miel. No; el *Quijote*, tate, tate, que nos lo dejen, pues no somos tan ricos que podamos perder nuestra mejor prenda. Y tengan en cuenta que soy bastante imparcial, y hasta declaré paladinamente que andaban manos de arquitectos franceses en algunas espléndidas catedrales españolas.

Con que nos arrebatan el *Quijote*, y el centenario de Cervantes se quede en proyecto, hemos hecho buena feria, pardiez, en este año de gracia de 1916, en que la guerra ni se acaba ni se acabará, es indudable.

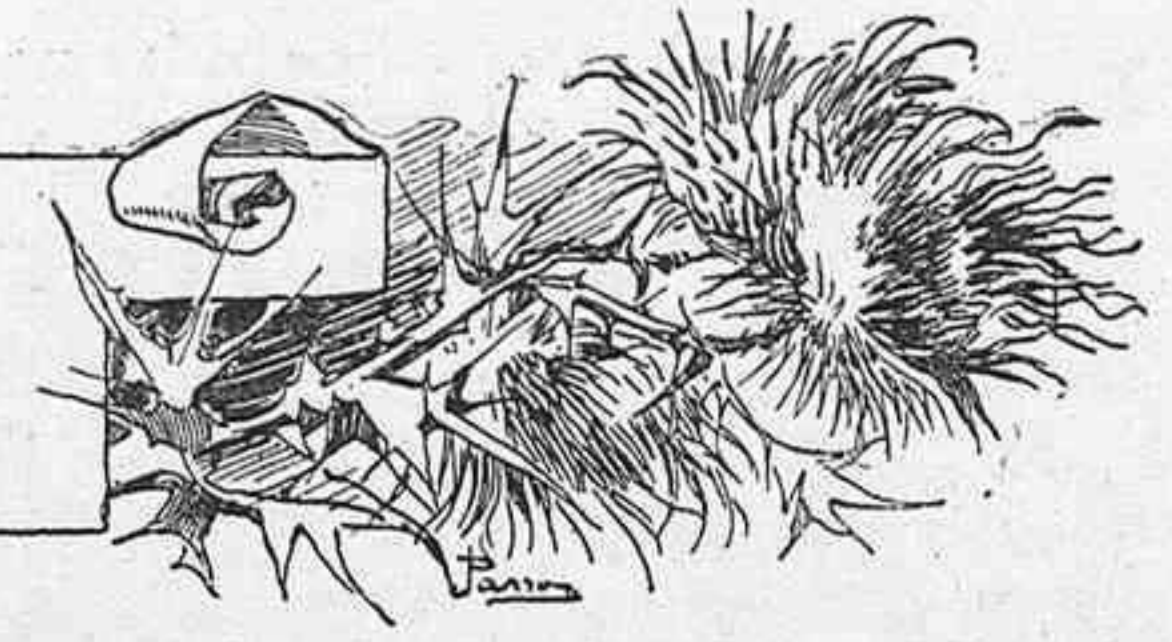
Cualquiera que sea el resultado, vena Fausto o vena Quijote el bueno (no negaremos que, por extensión, Don Quijote puede representar el ideal latino, llamémosle así impropriamente), el mundo va a girar sobre su eje, va a sufrir un cambio radical, y serán revisados y tal vez despreciados los valores que obtuvieron alza en el curso del siglo XIX. Pero el papel de Cervantes se mantendrá firme. El tiempo acrecienta su valía. La polilla no lo roe.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
 de **Carlsbad**
 esta única legítima Sal de



AMOR CON AMOR SE CURA



Era Juan Albertí el pescador más entendido y osado del puerto de Sóller. A pesar del escaso rendimiento de su trabajo, había adquirido en propiedad una casita de sólida construcción, que solía tener bien provista de víveres y de enseres de su oficio. Pero puede decirse que no paraba en su vivienda. El mar era su elemento, y Juan parecía formar parte integrante de su barca, en la cual se pasaba la vida como tortuga en su concha.

Su mujer, Juana María, era hacendosa y buena; pero a medida que iba sumando años de vida conyugal, aumentaba en su corazón un vacío que la apenaba en extremo, y convertía la jovialidad y expansión de su carácter en un creciente mal humor que desesperaba al bueno de Albertí.

No era un secreto para nadie el motivo de aquella mudanza. Si Juana María sentía un vacío en el corazón, era porque había otro vacío en el hogar. Con un hijo, o dos, o tres, que en esto su ambición no era escasa, la mujer de Juan hubiera sido enteramente feliz. Pero la naturaleza, que tan pródiga se mostraba con algunos matrimonios prolíficos de la vecindad, se obstinaba en privarla del ansiado fruto de bendición.

Una mañana de otoño, en que soplaba con espantosa furia un frío Noroeste y se oía cercano el rugir de la tormenta, Juan halló en su barca una cesta de mimbre y en la cesta una niña recién nacida, envuelta en toscos pañales. No se paró en reflexionar sobre la oculta historia de amores que implicaba aquel hallazgo; se le figuró un presente del cielo y corrió a depositarlo en el regazo de su mujer.

Juana María lo recibió con júbilo y dió gracias a Dios por tan singular merced. Subió al oratorio de Santa Catalina, de quien era muy devota, y arrodillada al pie del altar, con la criatura en brazos, la presentó a la santa, suplicándole fervorosamente que la tomase bajo su protección, y ofreciendo ponerle por nombre Catalina.

Terminada aquella presentación solemne, Juana María regresó a su casa, donde no tardó en ver desfilar a todo el vecindario, que comentó de mil maneras la venida al mundo de aquel inesperado ser.

La niña fué creciendo, y a medida que su cuerpo adquiría el desarrollo y las perfecciones de un bello ejemplar de su sexo, se desenvolvían en su alma ideas de inefable dicha y de amor eterno. En sus ojos, dos abismos, había algo de lo vago y azul del mar que meció su primera cuna. Llegó a la plenitud de su constitución hermosa, acariciada por las auras marinas, arrullada por el dulce murmullo de las olas bonancibles, o sacudida por el fragor de las tormentas. Era una estatua de carne, bellísima, perfecta, enamorada del sol, a cuya luz brillaba su hermosura. No sentía ninguna agitación íntima, ningún deseo vago de los que suelen sorprender a la niña que entra en la edad núbil, ni aun cuando la saludaba con visible emoción el joven Pedro Antonio, que era indudablemente el pescador más gallardo de aquella costa. Con frecuencia se iba a la orilla del mar, y de pie sobre un pedestal de granito, aquella estatua viviente, suelta la abundante cabellera, arqueado el flexible talle como para hacer resaltar la opulencia de su cuerpo escultural, aspiraba con fruición la brisa, y tendía hacia lo lejos su mirada, ansiosa de rasgar el misterioso velo que limitaba el horizonte.

Las caricias del viento le causaban voluptuosos placer; cobijándose a veces bajo escarpadas rocas, se adormecía lánguidamente al resplandor del cielo azul, como una duquesa a la pálida luz de una lamparilla de ópalo. Otras veces vagaba por la playa, hollando la menuda arena con su pie descalzo; pero nada la atraía tan poderosamente como el cerro de Santa Catalina, desde cuya altura fijaba la vista en el horizonte, con la tenacidad de un alma prisionera, nacida de un soplo de amor en otro espacio. Con frecuencia la encontraba Pedro Antonio, en quien producía el efecto de una planta que por milagro se mantenía lozana donde parecía natural que no pudiesen vivir las de su especie. ¿Por qué miraba siempre hacia el lejano límite del mar, ávida de conocer la invisible orilla?

No había en el puerto de Sóller mozo más ágil ni más simpático que Pedro Antonio. Era prodigiosa la manera cómo saltaba de risco en risco, trepaba por las breñas o se colgaba de las ramas de los árboles, columpiándose sobre un abismo, para vadear un paso peligroso. ¡Y Catalina apenas se fijaba en él, cuando todas las muchachas del puerto volvían la cabeza para seguir mirándolo después de haber fingido no verle pasar! En su presencia, el enamorado joven se mostraba tímido y apocado. Ella lo observaba y convenía en que era un buen mozo, mas no para amarle. ¡Amarle! ¿Sabía ella acaso lo que era amar? Aceptarlo por novio, eso sí. Y la muchacha se complacía en recibir amoroso culto bajo un cielo estrellado y al arrullo de las olas, ya que los genios del mar y el mismo Dios, autor del mundo, deben ver con beneplácito que dos jóvenes se juntan para extasiarse en la contemplación del universo.

Pedro Antonio preguntó un día al padre adoptivo de la chica si quería dársela por esposa; el viejo pescador se volvió hacia Catalina, preguntándole a su vez si consentía en que diese su mano al que tanto la amaba, y ella contestó que sí. Al declinar aquel mismo día, Catalina se dejó acompañar por su novio a contemplar la puesta del sol desde el abrupto acantilado. A sus pies, las olas azotaban la estriada roca en el abismo. Alargaron su paseo por las escabrosas peñas. De pronto la joven dió un grito y se detuvo fijando los ojos en una hendedura de donde acababa de alzarse un buitre. Pedro Antonio siguió la mirada de su novia, vió el nido del ave, y creyendo adivinar en su futura el deseo de obtenerlo, le prometió ofrecérselo como primer regalo de novio.

Al primer golpe de vista, comprendió que no era posible sacarlo sin valerse de una cuerda. Dijo a su amada que le esperase allí, y echó a correr hacia el caserío. Catalina se sentó arrimada al tronco de un pino y se entregó a la contemplación del espectáculo de la naturaleza. No se acordaba ya de Pedro Antonio cuando le vió volver con una cuerda arrollada al brazo. El joven se dirigió hacia una hendedura de la peña, a siete u ocho metros sobre el nido. Ató la cuerda a un dentellón de piedra, después de haber hecho tres nudos espaciados, y se descolgó hasta el nudo que caía a más conveniente altura para la arriesgada operación. Soplaba en aquel momento un fresco viento Norte. En torno del joven suspendido sobre el abismo revoloteaban dos buitres amenazadores. De pie sobre un peñasco, Catalina observaba en silencio aquella escena. Una sonrisita animó sus labios, y el viento enmarañó su cabello. La cuerda se balanceaba, rechinando al rozar con una arista. De pronto, la joven se dió cuenta del peligro que corría el muchacho y le gritó llena de terror:

— ¡Sube aprisa, que la cuerda se rompe!

Pero él apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza. La cuerda se rompió, y Catalina vió a su novio desaparecer en el abismo. Fué una visión horrible. Retrocedió espantada y, dándolo por muerto, huyó desparavida.

Pedro Antonio se había fracturado una pierna, amén de graves contusiones. Dos horas después se le encontró sin sentido en la playa. Sin la arena, que amortiguó el golpe, la muerte hubiera sido segura. Cuando el infeliz abrió los ojos, experimentó una fuerte congoja: Catalina, que le había visto caer, no estaba ahora a su lado. Pensó que su prometida no le amaría nunca, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Su padre y unos cuantos pescadores lo trasladan al puerto en una barca. A ruegos de unos parientes, lo instalan en una habitación que éstos tenían desocupada en una casita de su propiedad. Por la ventana del cuarto, el enfermo puede ver desde la cama el rompimiento de las olas en la playa. Permanece inmóvil más de un mes, sin que su novia vaya a verlo.

Un día, al caer de la tarde, Pedro Antonio se arrastró hasta la ventana para dar un vistazo por el muelle. Palideció de pronto y fué a tenderse otra vez sobre el lecho, llorando como un niño. Había visto a Catalina hablando jovialmente con un elegante joven que por las trazas parecía ser forastero. Un mi-

nuto había bastado al pobre muchacho para comprender que aquel era el hombre amado por Catalina.

Era hijo de un comerciante alicantino que iba cada año a pasar una temporada de descanso en Sóller. Muy aficionado a la pesca, frecuentaba el puerto y las playas vecinas. Vió a la muchacha y le hizo una corte asidua con una fraseología sentimental y brillante que trastornó a la soñadora Catalina, inclinada a lo nuevo y a lo romántico. Al conocer el lado flaco de la joven, había abierto fácilmente por él una amplia brecha en su corazón.

Aquel hombre la atrajo como si una voz secreta le dijese que ella era de su raza, de su país, de su esfera, y el aliento de sus labios la turbó más que las brisas nocturnas de la voluptuosa primavera. Aquellos amores fueron un idilio que el forastero hubiera querido hacer degenerar en grosera aventura. Catalina, acostumbrada desde niña a la libertad y a la defensa propia, poseía la fuerza que dan el conocimiento de los escollos y la sencillez de costumbres en que había templado su alma. Sin falso recato, sin hipocresía, con sólo rechazarlo con la inocencia de sus grandes ojos, acabó por exasperar los impacientes ardores del alicantino. Ella lo buscaba, ávida de ternura; pero huía de sus brutales intentos.

— ¿De dónde eres?, le preguntó un día.

— De Alicante, contestó él.

— ¿Quieres llevarme contigo?

— ¿Para qué?

— Para hacerme tu esposa.

Él vaciló un instante sin saber qué contestar. Luego dijo:

— Espérame, mañana, al rayar el alba, en la Consigna.

A la hora convenida, la joven salió cautelosamente de su casa. El corazón le latía con violencia. Por fin iba a ver aquella tierra de promisión, situada más allá del mar inmenso, por donde el horizonte se llenaba de rosados resplandores. Cuando llegó a la Consigna, vió el barco del alicantino que salía del puerto a toda vela, llevándose con el hombre amado sus ilusiones, sus esperanzas, su corazón, su vida entera.

Entonces volvióse a su casa a paso lento, con espantados ojos, sin volver la cabeza hacia el sitio por donde se alejaba el buque.

* * *

— Catalina se ha vuelto loca, decía una anciana a Pedro Antonio. Mi hijo acaba de verla en las breñas de las inmediaciones de la Torre. Anda errante, con los brazos abiertos y la cabellera suelta, enviando besos a la luna que se hundía en el mar.

Pedro Antonio echó a correr hacia el indicado sitio. Su naturaleza robusta había recobrado por completo su agilidad y sus fuerzas. Trepó de risco en risco, escudriñó cuevas y barrancos, y echó a todos los ecos su voz solitaria, vibrante de amor. Tres días duró aquella tarea horrible. Pedro Antonio volvía a su hogar muy entrada la noche, rendido el cuerpo y lacerada el alma. Se apoderó del vecindario y aun de los mismos padres de adopción de Catalina un terror tan grande, que todos respetaron en Pedro Antonio el febril cuidado, que parecía un fatal derecho, de buscar a su amada hasta encontrarla viva o muerta. Al tercer día, descubrió en la cima de un peñasco una forma humana, lívida, andrajosa, inmóvil, con el rostro vuelto hacia el sol poniente. Pedro Antonio se puso a cantar un aire del país que hizo bajar la cabeza a la pobre loca. Ésta conoció al joven, saludó y se fué. Pero él recobró sus fuerzas, echó a correr tras de Catalina y no tardó en alcanzarla. Al anoecer, volvía con ella de la mano al triste hogar de Juan Albertí.

El enamorado joven se constituyó en enfermero de aquella infeliz, que conservaba la plenitud de su escultural belleza. Acompañaba a Catalina a los sitios que parecían gustarle, evitando los que podían despertar en ella dolorosos recuerdos. La cuidaba con fraternal solicitud, dejándola horas enteras en pleno sol de invierno, siguiendo con ansiedad el cambiante movimiento de las olas en sus ojos. Se

tendía a sus pies y a veces le besaba las manos, que ella le abandonaba inertes. Poco a poco, al calor de aquella solícita ternura, Catalina parecía renacer a la vida moral. El instinto de amar despertaba. La joven se estremecía de placer al casto beso de su novio; cogía flores en silencio; con frecuencia, dos gruesas lágrimas inundaban sus ojos. Aquellas lágrimas, que causaban honda pena en el alma de Pedro Antonio, no eran el rocío del recuerdo, sino el manantial de la gratitud presente. En su abnegación de adorador extático, él no notaba que era el creador de un alma nueva, brotada a la tierna efusión de la suya, ni se daba cuenta de que en la cabeza enajenada de su amiga se había infiltrado al fin la exuberancia de sus pensamientos de amor.

Uno a uno, la demente había arrojado o perdido los recuerdos del forastero, y la cándida frescura de sus primeras ideas se desprendía de su alma como un efluvio de pureza, en sus conversaciones con el enamorado pescador. No estaba lejos el día que por fin iba a decirle que era amado.

Este día llegó. Una tarde de abril en que el sol crepuscular, sin nubes que encender en Occidente, se miraba en el terso cristal del mar tranquilo, el joven se arriesgó a recordar la promesa de otro tiempo. Catalina, súbitamente presa de una profunda emoción, se ruborizó por vez primera. Su corazón renació. Siguiendo su paseo favorito, por la cresta del acantilado de la Torre, más ocupados en el mutuo examen de sus personas que en la contemplación de aquel horizonte que tanto atraía, en otra época, a la romántica joven, llegaron cerca del sitio en que Pedro Antonio se había despeñado. Éste se asomó a la sima y vió entrar dos buitres en una hendedura de la escarpada peña.

— ¡Ah!, dijo él con la mayor naturalidad. Esta vez te voy a traer el nido.

Y desplegando una cuerda que solía llevar arrollada a la cintura, empezó a atarla a un peñasco. Catalina se puso lívida. Vaciló un momento, como tratando de evocar un recuerdo vago. Después, precipitándose sobre el temerario joven, se abrazó a su cuello exclamando:

— ¡Oh, no! ¡Qué horror! ¡No quiero..., amor mío!..

PEDRO DE TORNAMIRA.

MADRID

EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE FEDERICO BELTRÁN

El notable pintor Federico Beltrán, tan ventajosamente conocido en Barcelona, ha celebrado en el Palace Hotel de Madrid una exposición de setenta y ocho cuadros, que ha constituido para él un éxito completo.

Numeroso y aristocrático público la ha visitado, habiéndola honrado también con su visita Sus Majestades el Rey D. Alfonso y la Reina D.^a Cristina y otras personas de la Real familia. El Monarca y su augusta madre han adquirido dos de los mejores cuadros que en la exposición figuran.

Los críticos de arte han tributado grandes elogios al Sr. Beltrán. Uno de los más reputados, el Sr. Gil Fiol, refiriéndose a esta exposición, escribe en uno

de los más importantes diarios de la corte un largo y encomiástico artículo del cual entresacamos los siguientes párrafos:

«No conocíamos de este pintor otra manifestación artística que aquellas modestas producciones que coronó con su discutido cuadro *La maja marquesa*, en el que el vulgo vió una alusión poco cortés a otros cuadros y... a otras marquesas. Nada de aquel lienzo se trasluce en éstos de ahora.

»El pintor se nos figura más entero, más sólido, más flexible, más poeta también. A la rigidez de aquellos desnudos, rigidez que no podemos llamar académica porque Beltrán no ha sido nunca esclavo de las enseñanzas oficiales, pero sí de preocupación de estilista, sucede una soltura en el dibujo y una fluidez en el color verdaderamente interesante.

»Beltrán Masés pasa ahora por los momentos más peligrosos de su arte.

»Sólo le falta afinar con entusiasmo su personalidad, subir el estilo dándole mayor energía y viveza, definir categóricamente su posición en los estratos de la geología pictórica y desligarse de las evocaciones de exposiciones y museos, libertándose a la vez de sí mismo para hacer un arte grande, fuerte e imparcial.»

Después de hablar de los pintores venecianos del siglo XVI y de su influencia sobre la pintura de nuestros días, añade:

«Federico Beltrán no ha olvidado nunca esos altos ejemplos y ha procurado llevar a sus cuadros un reflejo de aquella grandiosidad sublime. *Invocación a Lakshmi* tiene algunos de sus valores decorativos y galantes.

»Los desnudos son sencillos, armoniosos y frescos de color, con algo de esa suavidad uniforme y monótona que embellece las jóvenes carnes sonrosadas de *Dánae* y *La Venus con el perrito*.

»En otros lienzos y en muchos apuntes y bocetos de la actual exposición sobresalen, en calidad de pretextos ornamentales, las frutas, los ramajes secos, las aves policromas hábilmente amezcladas al modo de espesos fondos de cuadros de época.

»Y volviendo la vista a otros asuntos de más clásico españolismo, tampoco podemos negar la influencia de las enseñanzas pretéritas. Más todavía: en la mayoría de las actitudes y en la disposición de las manos de estas mismas figuras, se advierte el entusiasmo del estudioso artista no sólo por los pintores venecianos, sino por algunos de sus sucesores y más recientemente imitadores.

»Tampoco esto es un reproche. Queda consignado con el propósito y la fuerza de un elogio.»

Otro crítico sintetiza su juicio sobre los lienzos de Beltrán, diciendo que en todos ellos se revela la personalidad del autor y hasta en aquellos que parecen inspirados en un sensualismo pagano, el buen gusto y la elegancia velan los atrevimientos del pincel; y otro dice

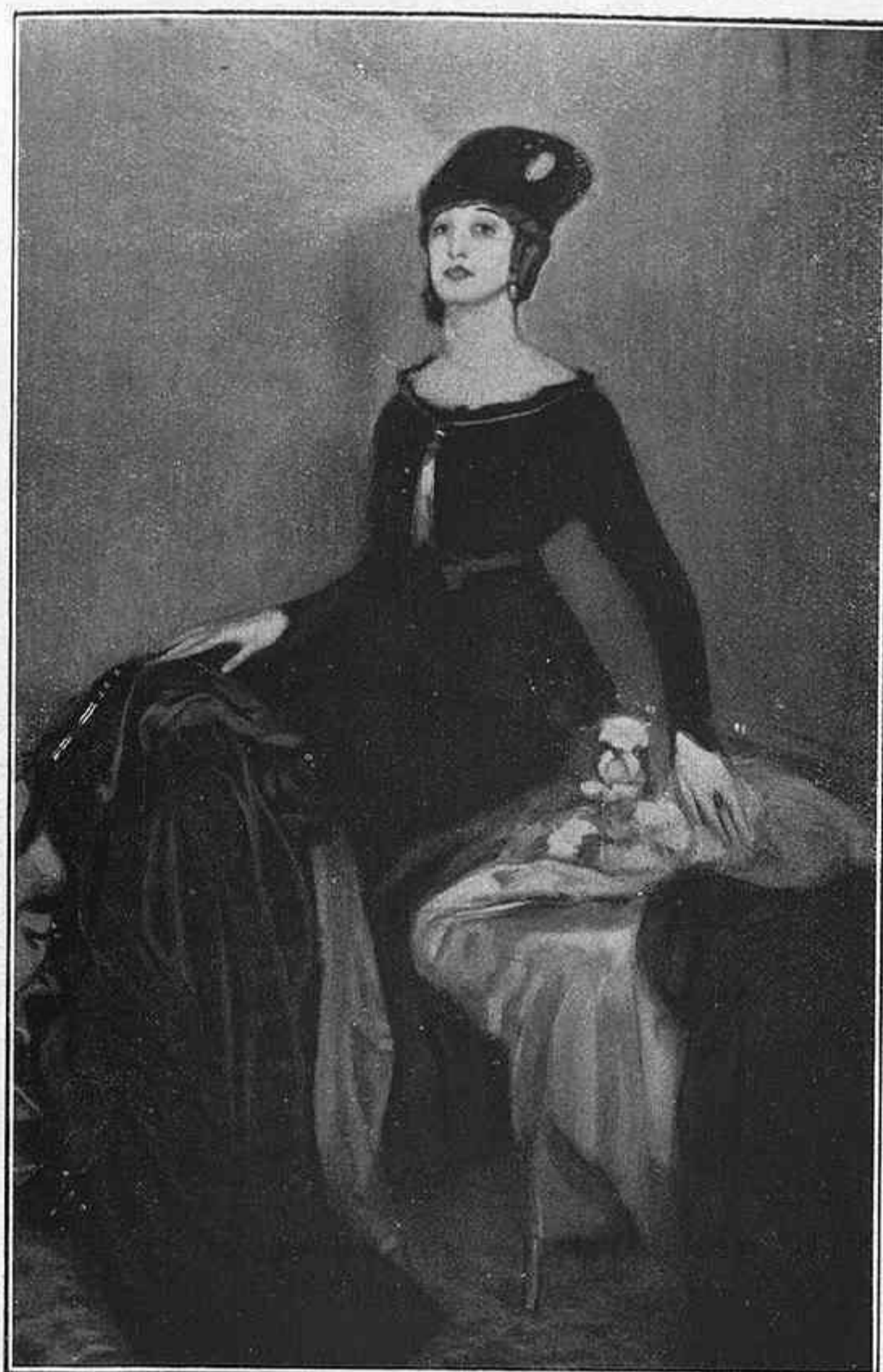
que entre los cuadros expuestos hay muchos admirables por su técnica original, nueva y briosa.



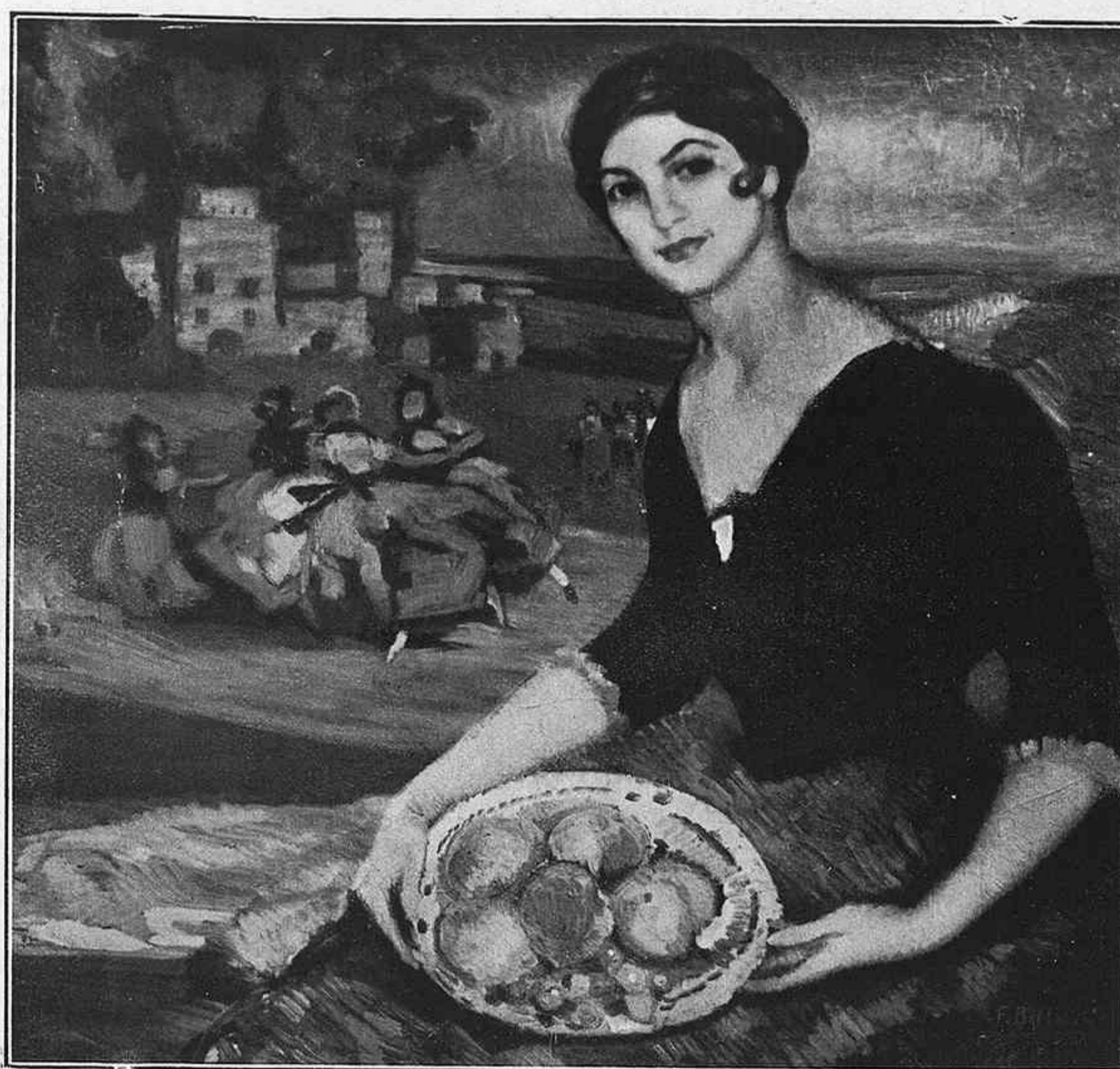
El celebrado pintor Federico Beltrán Masés, que ha hecho una exposición de algunas de sus obras en el Palace Hotel, de Madrid. (De fotografía de Audouard.)



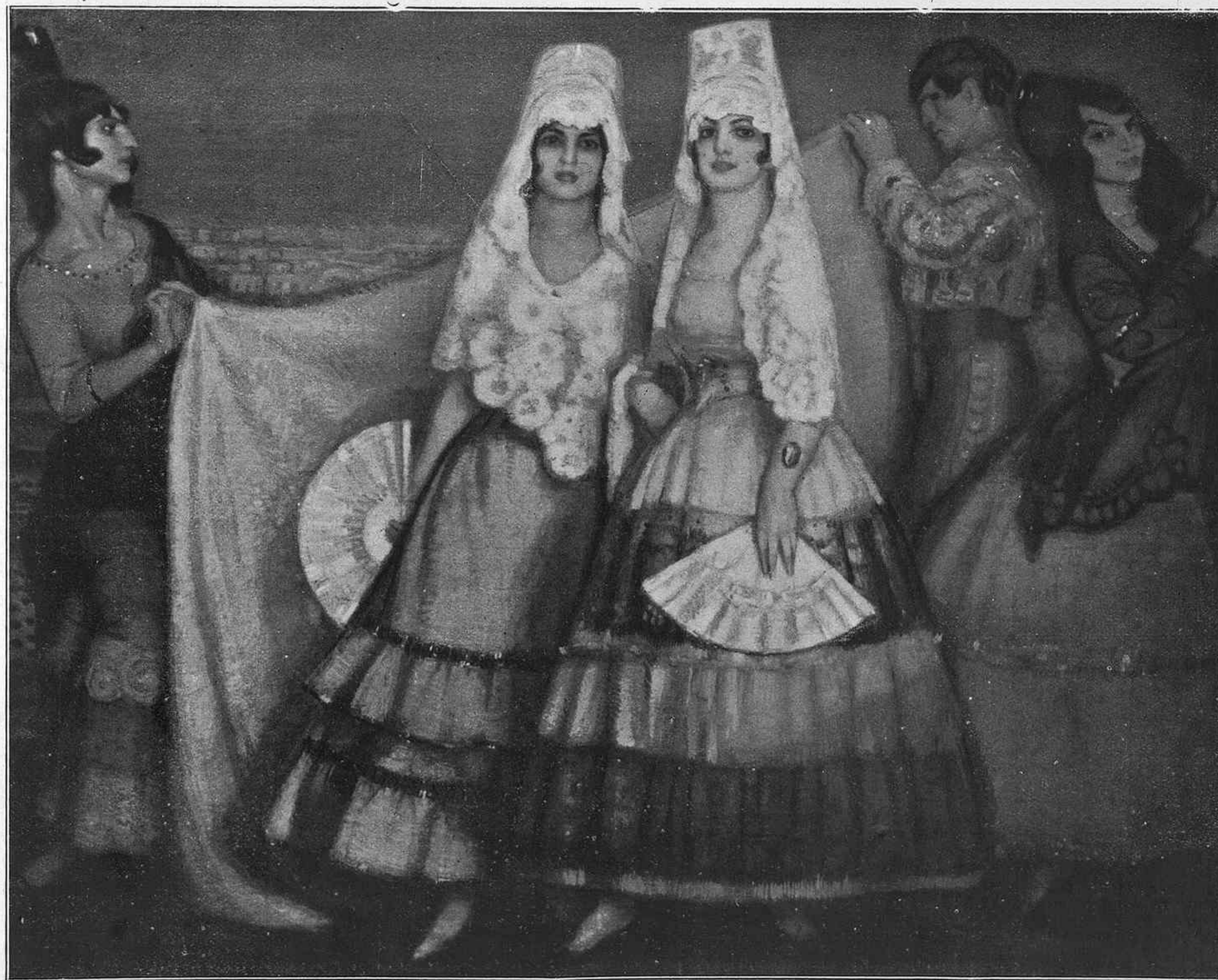
La súplica, cuadro de Federico Beltrán que figura en la exposición de pinturas de este notable pintor celebrada en el Palace Hotel, de Madrid. (De fotografía de F. Serra.)



Retrato



El plato de fruta



El mantón rosa. (De fotografías de F. Serra.)



Prisioneros alemanes vaciando sus bolsillos al ser sometidos al registro reglamentario
(De fotografía de Alberto Wyndham.)



El príncipe heredero Humberto de Italia, en traje de *boy-scout*, con el comisario general de los *boy-scouts* italianos y el comandante de la Armada Bonaldi, encargado de su educación marítima. (De fotografía de Carlos Trampus recientemente tomada en Roma y que es la última que del príncipe se ha hecho.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Continúan los alemanes concentrando sus principales esfuerzos en la región de Verdún, pues si bien han abandonado los ataques de frente, prosiguen su ofensiva por los flancos, según unos buscando el punto vulnerable que les permita romper el frente enemigo, según otros asegurando el avance con los menores riesgos y las menos pérdidas posibles. A la ofensiva alemana siguen los franceses oponiendo una resistencia metódica pero enérgica, defendiendo tenazmente el terreno palmo a palmo, reconquistando en algunos sitios posiciones que momentáneamente hubieron de abandonar y haciendo pagar muy caros los lentos progresos que realiza el enemigo.

Los franceses, después de haber rechazado ataques en el frente de Haucourt-Malancourt, se han visto obligados a evacuar este último pueblo en ruinas, conservando, empero, las salidas del mismo; han progresado notablemente en las zonas enemigas al Norte de Avocourt, apoderándose del extremo oriental de este bosque, en una profundidad de más de 300 metros, y del reducto del mismo nombre y rechazando contraataques contra estas posiciones; han rechazado ataques en la región de Mort-Homme, contra la defensa al Este de Haumont y contra las posiciones entre Haucourt y Bethincourt, en la orilla Norte del arroyo de Forges; y han reconquistado una parte del bosque de la Caillette, en donde habían conseguido penetrar los alemanes. Confiesan que han tenido que abandonar el pueblo de Vaux que estaba en ruinas.

Los alemanes han tomado las posiciones francesas situadas al Norte de Malancourt y formadas por varias y profundas líneas de trincheras en una extensión de 2.000 metros; han tomado por asalto aquel pueblo y las defensas anejas; se han apoderado del pueblo de Vaux y de las posiciones de defensa y flanco al Noroeste y al Oeste del mismo; han rechazado los ataques franceses que tenían por objeto penetrar en las posiciones alemanas de los bosques situados al Noroeste de Avocourt; y afirman que están en su poder todas las posiciones enemigas al Norte del arroyo de Forges, entre Haucourt y Bethincourt.

En los demás puntos del frente, en todos los cuales no ha cesado la lucha de artillería, los franceses han ocupado una obra enemiga en el bosque de Parroy (Lorena); y los ingleses han tomado dos líneas de trincheras en Saint-Eloy, al Sur de Iprés, en una extensión de 600 metros, y se han consolidado en el terreno conquistado.

Teatro de la guerra de Oriente. — El deshielo, con la consiguiente crecida de aguas, ha dificultado extraordinariamente la acción de ambos beligerantes y ha paralizado la gran ofensiva que habían emprendido los rusos en varios puntos del frente y en particular en el extremo Norte.

Los rusos han tomado dos líneas de trincheras enemigas al

Noroeste de Postavy; al Oeste del lago Narotch han desalojado a los alemanes de la parte Sur del bosque meridional del pueblo de Mokritza que habían conquistado; y han rechazado ataques en la región del pueblo de Vargunek, en el sector de Jacobstadt, en el de Neuselburg, en la región al Oeste del lago Narotch, contra la cabeza de puente de Iiluxt, contra la estación de Baranovitchi y contra el pueblo de Olyka; y han obligado a los alemanes a evacuar la primera línea de trincheras al Sudeste de Kolky. También han rechazado ataques de los austriacos en la región del Strypa medio y superior.

Los alemanes han rechazado ataques contra las líneas de Postavy y al Sur del lago Narotch, y varias tentativas de los rusos para recuperar el terreno perdido en Mokritza. En uno de sus partes oficiales dicen que todo hace creer que el ataque ruso se ha paralizado y que los resultados del mismo han sido nulos y las pérdidas enormes.

Los austriacos han tomado una posición avanzada cerca de Olyka, destruyéndola; han hecho fracasar una tentativa de avance al Nordeste de Stayos, y han rechazado ataques al Norte de Bojane.

Italianos y austriacos. — Los italianos han destruido una trinchera enemiga en el sector de Zagora; han penetrado en un pequeño reducto austriaco en el alto Buit; han tomado tres blocaos en el alto Rienz y una fuerte trinchera en el Carso; han ocupado la cúspide de la altura 1.979 que domina el valle de Cristalio; y han rechazado ataques contra las trincheras del Grafenberg, en el valle de Sugana, en la altura al Noroeste de Goricia y en el valle de San Pellegrino.

Los austriacos han tomado una posición al Norte de la al-

tura de Podgora, en la cabeza de puente de Goricia y han rechazado ataques contra la pendiente Norte del monte de San Miguel, al Este de Seltz, en la región de Pflöken, en la de Schluderbach y contra el Pal grande y el Pal pequeño.

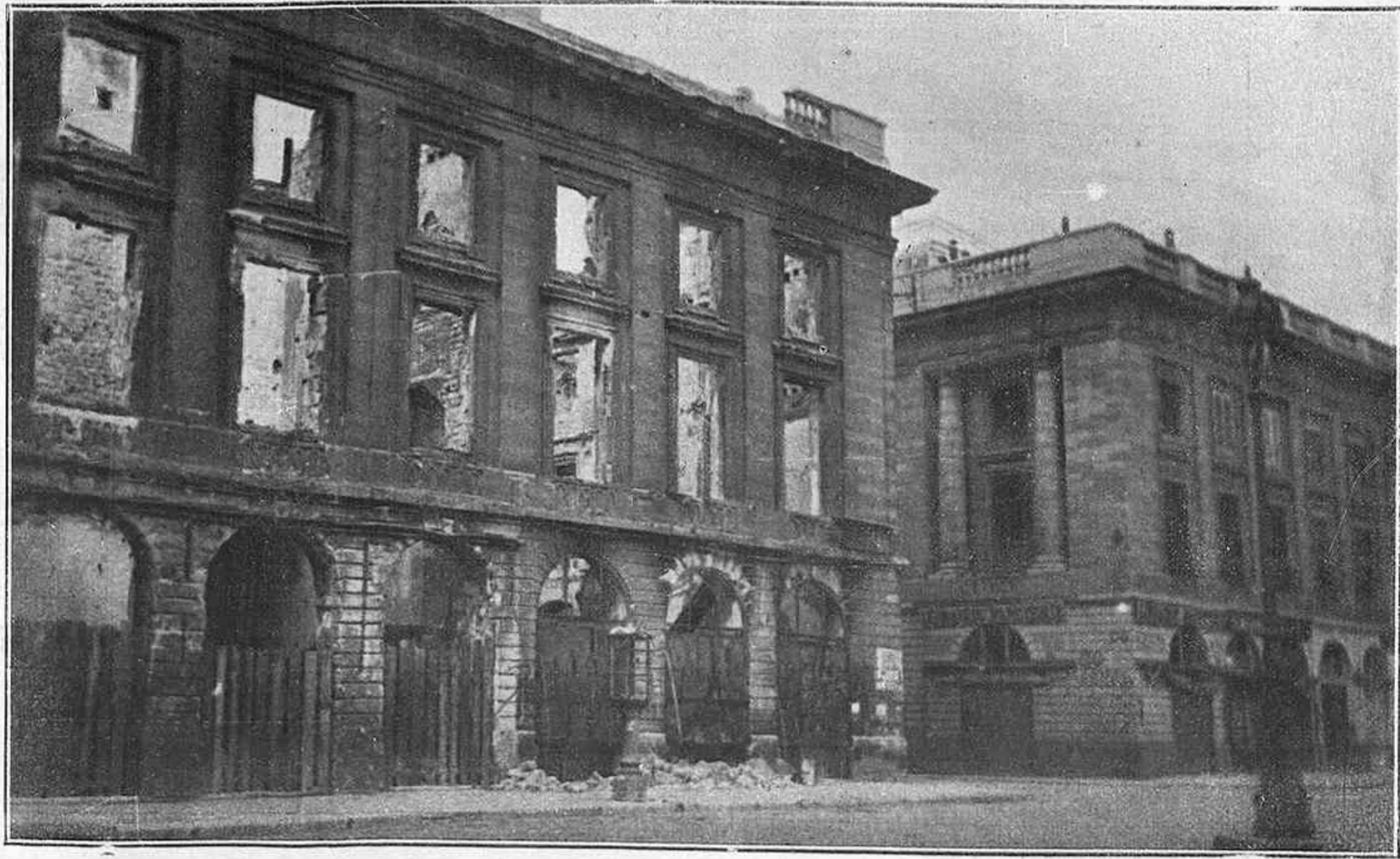
La guerra naval. — Varios cruceros ligeros ingleses han tenido un encuentro con algunos contratorpederos alemanes, habiendo uno de los primeros, el *Cleopatra*, embestido y echado a pique a uno de los últimos.

La guerra aérea. — El cobertizo de dirigibles alemanes del Schleswig-Holstein ha sido bombardeado por unos hidroaviones ingleses, a los que daban escolta varios contratorpederos, uno de los cuales, el *Medusa*, fue echado a pique por el buque de igual clase alemán *Laverock*.

Dirigibles alemanes han efectuado algunos *raids* sobre Inglaterra, lanzando bombas incendiarias y explosivas sobre varias ciudades, entre ellas Londres, causando numerosos muertos y heridos y produciendo grandes daños materiales. En uno de estos *raids* fué derribado el zepelín *L. 15*, que cayó cerca de la desembocadura del Tánesis y cuya tripulación fué salvada por el buque vigía inglés *Olivine*.

Una escuadrilla de aeroplanos alemanes ha bombardeado Salónica. Según una versión francesa, cayeron sobre la ciudad 50 bombas que destrozaron varias casas particulares, causaron la muerte de 15 personas e hirieron a unas 20, y la escuadrilla cañoneada por la artillería de tierra desapareció perseguida por los aviadores franceses, quienes derribaron cuatro aparatos enemigos. Según la versión alemana las bombas cayeron en el campamento anglo-francés, mataron a 180 soldados franceses y destruyeron varios depósitos de municiones y de melinita y dos barracones, y los aeroplanos, a pesar de haber sido cañoneados, regresaron sin novedad al punto de partida habiendo obligado a aterrizar a cuatro aeroplanos enemigos.

Además han sido bombardeadas Valona por una escuadrilla de hidroaviones austriacos; Dunkerque por un zepelín alemán y Ancona por varios aeroplanos austriacos apoyados por algunos torpederos.



Reims. — Estado en que se halla actualmente el Palacio de Justicia a consecuencia de los repetidos bombardeos de la ciudad por los alemanes. (De fotografía de Carlos Trampus.)



El general Joffre descendiendo de un observatorio desde el cual se dominan las posiciones alemanas en Alsacia. (De fotografía de Luis Beaufre.)



Cadáveres de los pilotos de un aviatik alemán derribado por la artillería francesa. (De fotografía de Alberto Wyndham.)

Los aeroplanos y dirigibles constituyen un arma de gran eficacia en la presente guerra, si no por su potencia ofensiva, relativamente escasa, como medio de exploración valiosísimo. Pero la misión de los exploradores aéreos es en extremo peligrosa; de aquí el gran número de víctimas que entre ellos se cuentan, pudiendo afirmarse que son muy contados los días en que los partes oficiales de los beligerantes no nos hablan de haber sido derribado algún aparato, cuyos pilotos, por lo general, perecen trágicamente al precipitarse aquél en tierra desde alturas de cientos y aun de miles de metros



LA ESCUELA DE ATENAS célebre fresco de Rafael Sancio que se conserva en la sala de la Segnatura del Vaticano. (De fotografía de E. Alinari.)



Madrid. Conferencia Cervantina en la Asociación de la Prensa. — El poeta D. Manuel Machado leyendo el notabilísimo trabajo del Sr. Rodríguez Marín (x). (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID. — CONFERENCIA DEL SR. RODRÍGUEZ MARÍN

El ilustre académico y director de la Biblioteca Nacional D. Francisco Rodríguez Marín, verdadera autoridad en estudios cervantinos y maestro del habla castellana, se propone dar una serie de conferencias sobre Cervantes con motivo del centenario de la muerte del inmortal autor del *Quijote*, y ha querido ofrecer las primicias de su estudio a la Asociación de la Prensa.

La sesión a este efecto celebrada por aquella entidad ha sido una verdadera solemnidad literaria y fué presidida por el Sr. Rodríguez Marín, habiéndose sentado en el estrado los Sres. Moya, Vicenti, Francos Rodríguez, Tolosa Latour, Cantin, Martín Fernández, Rodríguez Lázaro y Vallejo.

El Sr. Rodríguez Marín no pudo leer personalmente su conferencia a causa de una afección a la garganta, y en su lugar lo hizo con exquisita dicción y cariño el poeta D. Manuel Machado.

El trabajo del eminente cervantista se titula «El mayor enemigo de Cervantes, el clérigo Juan Blanco de Paz» y en él se relatan las andanzas en que éste estuvo metido y que tan funestas fueron para el Príncipe de los Ingenios, y se rectifican errores como el de haber atribuido al referido clérigo la paternidad del falso *Quijote*, que publicó en 1614 el supuesto Fernández de Avellaneda. Comienza recordando que en la vida, larga y trabajosa, del manco inmortal hay violentos contrastes de color que intensifican el interés con que se la estudia; así, por ejemplo, para unos meses jubilosos pasados en Italia siendo soldado y para un inolvidable amor, su primer amor, que podemos ver reflejado en *La Galatea*, existen en su vida diversos tonos oscuros y borrosos, cien malaventuras que ejercen en ella como excesivo contrapeso.

Formula a continuación un balance de estas desdichas evo-

cando el recuerdo de la estancia de Cervantes en el hospital de Mesina, de su herida en Lepanto, de su cautiverio en Argel, y lo contempla un día excomulgado, otro día preso en Ecija, Castro del Río y Sevilla, y por último, ya publicado el *Quijote*, encartado en un proceso y encarcelado en Valladolid. Alude luego a las figuras que pudieron tener algún relieve

vinando — al mal clérigo, también cautivo Juan Blanco de Paz, envidioso ruin de la hidalguía y de las virtudes de Cervantes. Todos recordáis haber leído los embustes, las taimas, las vilezas de aquel hombre perverso; todos sabéis cuanto hizo en África primero delatando a Cervantes y a sus camaradas y malográndoles un valentísimo plan de evasión ¡para recibir por paga un escudo de oro y una jarra de manteca: menos aún que Judas! «No cabía, añade después, ser más infame criatura: daña a sus compañeros, frustrándoles la ansiada libertad y poniéndolos en riesgo inminente de perder la vida, y luego, como si él fuese quien había recibido el agravio, trata nueva y ahincadamente de desopinar a Cervantes, mancillándolo en su honra por medio de testigos sobornados.»

Trata luego de los curiosos incidentes ocurridos en el simultáneo cautiverio de Cervantes y de Blanco de Paz y juzga muy probable que éste volviera a encontrarse frente a aquél en Baza años más tarde cuando el autor del *Quijote* fué allí con Real provisión que le acreditaba para cobrar ciertos atrasos de tercias y alcabalas.

A continuación describe algunos hechos de la vida de Blanco de Paz y termina haciendo notar «cómo un aseptado clérigo, fraile desgarrado de su orden, hombre de pésima condición moral, logró a los pocos meses de volver a España, sin duda por su osadía y desaprensión, muy a propósito para hacerle por extremo «adaptable», dos mercedes del austero Felipe II, mientras que Miguel de Cervantes, herido gloriosamente en Lepanto, cautivo en Argel, donde su proceder fué siempre noble y heroico, y en conclusión, autor del *Quijote*, que es cuanto hay que decir, murió treinta y seis años después de su rescate, sin haber obtenido en todos ellos galardón alguno, tanto que bien puede adelantarse a un personaje de *El valiente justiciero*, comedia de D. Agustín Moreto, y decir al acabar su vida:

«... Pues deseando tener
con qué pasar como honrado,
aunque mi sangre he sembrado
no he cogido qué comer.»

«¡Pobre de Cervantes, y más pobres que él los que no acertaron a honrarse a sí mismos, haciéndole justicia ni en vida ni en muerte!»

Al terminar la lectura de la interesantísima conferencia, el Sr. Rodríguez Marín fué objeto de una ovación entusiasta.

MADRID

JURA DE LA BANDERA

En el campamento de Carabanchel y con la solemnidad acostumbrada, se ha efectuado en Madrid el acto de jurar la bandera los nuevos reclutas. La Familia Real presenció la ceremonia desde una tribuna, en la que estaban también el presidente del Consejo, los ministros y las autoridades.

S. M. el Rey, al frente de un brillante Estado Mayor, pasó revista a los reclutas y acto seguido celebró una misa de campaña, después de la cual el gobernador militar, con las formalidades de ordenanza, tomó juramento a los reclutas.

Seguidamente las tropas, mandadas por el general Marina, desfilaron en columna de honor delante de la tribuna regia y terminado el desfile, SS. MM. regresaron a Madrid, siendo las Reales personas aclamadas por el numeroso público que asistió al acto, durante el cual todos los aeroplanos del aeródromo de Cuatro Vientos volaron por encima del campamento. S. M. el Rey montaba el caballo *Alarún*, el mismo que montó en la jura de 1913 y que fué herido a consecuencia de los disparos que un criminal hizo contra el monarca cuando éste regresaba de la ceremonia.

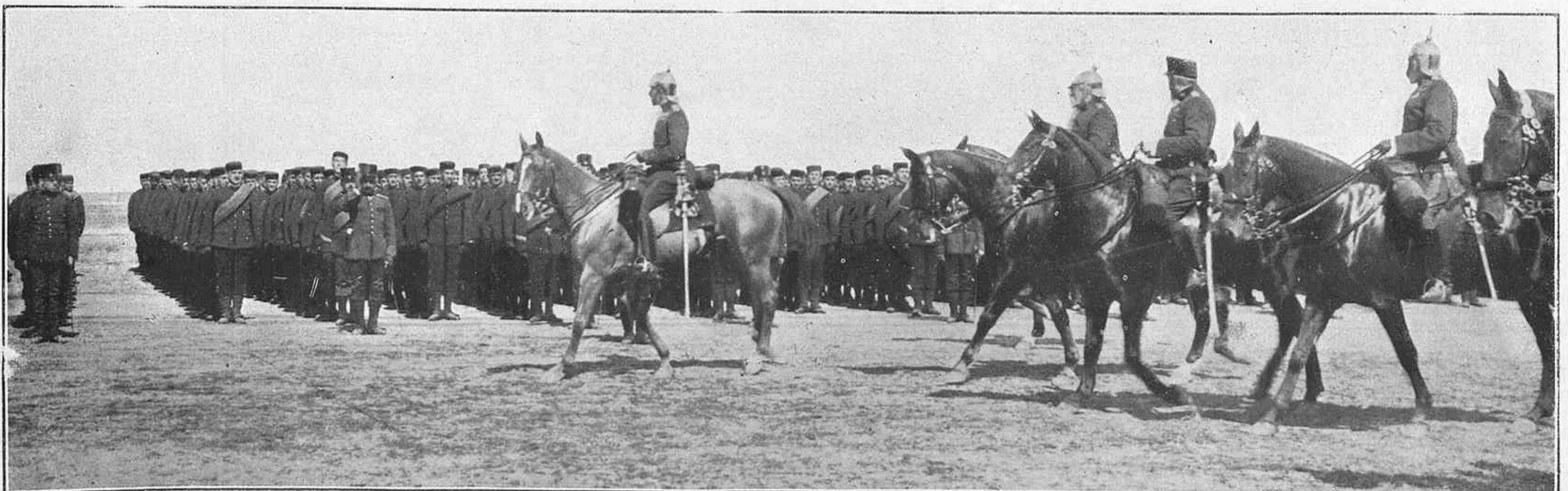


Madrid. La jura de la bandera. — S. M. la Reina acariciando, durante un descanso, al caballo *Alarún*, de su augusto esposo, que es el mismo que montaba D. Alfonso XIII cuando fué objeto del atentado al regresar del acto de la jura en 1913

en torno de Cervantes y fijándose especialmente en una de obscura psicología que fué también cautiva del rey de Argel, dice:

«Entre las figuras de este cuadro o retablo, hay una de todo punto negra y repulsiva, junto a la cual parece simpática hasta la del cruelísimo rey de Argel. Refiérome — ya lo estáis adi-

blico que asistió al acto, durante el cual todos los aeroplanos del aeródromo de Cuatro Vientos volaron por encima del campamento. S. M. el Rey montaba el caballo *Alarún*, el mismo que montó en la jura de 1913 y que fué herido a consecuencia de los disparos que un criminal hizo contra el monarca cuando éste regresaba de la ceremonia.



Madrid. La jura de la bandera. — S. M. el Rey D. Alfonso XIII pasando revista a los nuevos reclutas. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

— ¡Pero no por el deseo de que ganase dinero!, interrumpióle la anciana casi protestando vivamente. ¡No vaya usted a figurarse tal cosa, por amor de Dios! Los cuartos que recoge allí están intactos en su cajita y los conservaremos como un recuerdo del



Margarita, tapándose los oídos, descendió por la escalera

tiempo en que la amarga necesidad sugirió al niño la idea de cantar para ganarse el pan, delante de la casa que...

— ¡Juana!, exclamó su marido interrumpiéndola seriamente y en tono de amonestación.

La anciana apretó los labios y dirigió una mirada ardiente y expresiva a la ventana; en todo su ser se veía como un ansia de venganza.

— Muy mal ha sido tratado el niño en esa grande y orgullosa casa, desde que vino a Alemania, dijo sin apartar sus ojos de la ventana y como si mordiese sus palabras. La arena del patio era demasiado fina para sus zapatos y la mesa del jardín quedaba profanada al contacto de sus libros o de sus manecitas cuando escribía. Y delante del ataúd, allí en el gran salón, fué arrojado como un...

Dejó la frase sin terminar y se tapó los ojos con las manos.

— Mi hermano está enfermo, dijo Margarita dulcemente y como para consolarla, y por esto no hay que juzgarle con tanta severidad; otros padecen también las consecuencias de su dureza. En cambio, yo sé que mi padre quería mucho al pequeño Max, como le queremos todos en nuestra casa; y sé también que se preocupó de su porvenir, y por eso he venido... Seguramente que a él le habría causado la misma pena que a mí ver a ese hermoso niño cantando por las calles y por esta razón me permito suplicar a ustedes que desde hoy le retiren el permiso que le dieron y que me hagan el favor de...

Y sonrojándose metió la mano en su bolsa.

— ¡No, una limosna, no!, exclamó la señora Lenz en tono casi salvaje y sujetando con su mano el brazo de la joven. ¡Una limosna, no!, repitió más calmada cuando Margarita sacó de la bolsa la mano vacía. Comprendo que su intención es buena, pues desde niña tuvo usted un corazón noble; nadie lo sabe mejor que yo... No es, por consiguiente, mi ánimo censurar a usted; pero déjenos usted este poquito de orgullo de haber parado con nuestras propias fuerzas el golpe que nos amenazaba... Mire usted, añadió señalando una gran cesta llena enteramente de bordados de diversos colores; todo esto es trabajo concluido. Por ahora, pues, no nos faltará lo necesario, y más adelante ¡Dios proveerá!.. Max no volverá a cantar por las calles, se lo prometo a usted solemnemente; de seguro que lo sentirá, pero habrá de conformarse.

Margarita cogió la mano de la anciana y la estrechó efusivamente entre las suyas. Luego, sonriendo débilmente, le dijo:

— La comprendo a usted y tengo la seguridad de

que no volveré a incurrir en una ligereza como la que ahora iba a cometer. A cambio de esto me permitirán ustedes que siga queriendo del mismo modo al niño y que vele por él.

— ¡Quién sabe, señorita, cómo pensará usted dentro de cuatro semanas!, contestó la señora Lenz con acento grave. Las circunstancias hacen a menudo cambiar las opiniones al parecer más arraigadas.

— ¡Siempre pensará como hoy!, exclamó su marido entusiasmado. ¡Apostaría en ello mi cabeza! He observado todos los actos de la señorita desde que, siendo niña jugaba en el patio; vi primeramente en ella un inmenso amor y una gran abnegación fraternales que le hacía servir hasta de caballo a su hermano enfermo y mal educado, y sufrir, sin exhalar una queja, que éste la atormentase y la azotase con el látigo. Más adelante, cuando fué un poco mayor, la vi correr a la cocina y conseguir de la gruñona Bárbara que le diera pedazos de pan con manteca para los niños que a la puerta de la casa le pedían limosna... En fin, si hubiera de referir todos los rasgos hermosos de un corazón de oro como éste, no acabaría nunca. Y por último sé que los viajes en nada han debilitado esos sentimientos... Esto ha podido apreciarlo por propia experiencia este viejo pocos días después de su regreso.

Margarita, en el entretanto, habíase levantado; estaba ruborizada y sentía gran turbación.

— ¡Vamos!, dijo sonriendo. Menos mal que ha habido un par de ojos que han mirado con indulgencia a la cabrita salvaje. Pero si hubiese usted tenido conocimiento de las censuras que sobre mí atraía mi modo de ser de aquellos tiempos, sabría las muchas reprimendas que me valieron mis travesuras. Seguramente esta parte desfavorable para mí fué un secreto de mi familia que no llegó a oídos de ustedes y no pudo, por consiguiente, destruir el buen concepto que de mí se habían formado... Ahora bien, de todos los defectos que me achacaban en mi casa, sólo uno es cierto, lo confieso: tengo una cabeza muy dura y toda la fuerza de las circunstancias no será bastante para hacerme mudar de opinión dentro de cuatro semanas.

Despidióse de los dos ancianos y acompañada de éstos hasta la escalera abandonó aquella casa, regresando a la suya más pensativa que cuando de ella saliera para ir a ver a los Lenz. ¡Qué vida de amor, de intimidad la de éstos! Cuanto más dura se mostraba la suerte con aquellos corazones, tanto más estrechamente se unían.

Involuntariamente sus ojos se fijaron en el piso en donde vivían su abuela y Herberto.

Allí imperaban sentimientos muy distintos, que la señora consejera llamaba «distinción, buen tono, conveniencia», y que su abuelo, que prefería vivir solitario en el campo, calificaba, en cambio, de «egoísmo osificado, unido a un despreciable espíritu de sumisión a los poderosos», cuando tenía que respirar la atmósfera glacial en que también se hallaba su distinguida esposa.

¿Qué tenía, pues, de extraño que Herberto?... ¡Pero no! Ni con el pensamiento podía ya ofenderle llamándole hombre sin corazón... Había sido bueno con ella; habíale escrito dos veces a Berlín cartas llenas de solicitud, como si hubiese sido su tutor, y ella le había contestado. Después, cuando su viaje de regreso, había ido a encontrarla en una de las estaciones para acompañarla durante el resto del viaje y movido además por el delicado propósito de hacerle menos triste la entrada en la casa en donde ya no existía su padre.

Todo esto no lo sabía la abuela; de haberlo sabido seguramente no habría tolerado estas atenciones de su hijo para con ella, entre otras razones y principalmente porque ella le había dado el disgusto de no querer ser baronesa de Billingen.

Acerca de este asunto, la señora consejera había escrito a su hermana y a ella misma en términos indignados... Lo que opinaba Herberto del fracaso de aquellos deseos no había logrado hasta entonces Margarita ponerlo en claro; pues él no había tocado en sus cartas tan delicado asunto y ella había tenido muy buen cuidado de no hacer a éste la menor alusión.

Sumida en estos pensamientos había regresado a

su casa y una vez en la salita había vuelto a guardar en el cajón de la mesa de escritorio, no sin ruborizarse, el paquete de dinero.

No podía intentar de nuevo aquella prueba del interés que le inspiraba el pequeño Max; tenía para ello cerrado el camino en absoluto. Sentíase impotente; sólo un hombre podía hacerse cargo de la situación y saber cómo debía obrarse. De aquí el propósito que se hizo de hablar de ello con Herberto.

XIX

Habían transcurrido dos días y Herberto no había vuelto aún; por esto reinaba tanta tranquilidad en la escalera que, estando él, veíase tan concurrida por las muchas personas que tenían algún negocio que tratar con el consejero provincial.

Margarita, cumpliendo su deber de nieta, subía diariamente al piso de la abuela para dar a ésta los buenos días, lo que para ella constituía un sacrificio porque la señora consejera estaba todavía irritada y se mostraba rencorosa. Cierta que su rencor y su irritación no se traducían en palabras gordas, nada de esto; la violencia era contraria al buen tono y el buen tono lo era todo para ella. Pero el buen tono tiene armas más poderosas y más seguras que la violencia para herir: tiene acentos y miradas que cortan como un cuchillo y frases que se clavan como una aguja o como un puñal.

Y el empleo de estas armas exasperaba doblemente a Margarita, que a menudo necesitaba de todo el dominio que sobre sí tenía para soportar con calma y en silencio los ataques de su abuela...

Despedida generalmente con severa frialdad, volvía la joven a bajar la escalera con el placer de quien se ha quitado de encima un gran peso, y se detenía un momento en la galería.

Reinaba allí un frío mortal y las habitaciones par-



Herberto sacóse del bolsillo del abrigo un paquete...

ticulares de su padre estaban selladas; no podía, pues, Margarita penetrar en ninguna de las estancias en donde él había vivido, ni poner su mano sobre ninguno de los objetos que él había tocado; tenía que contentarse con contemplar el sitio en donde le había visto por última vez durmiendo el sueño eterno e iluminada su frente, tan sombría en vida, por una última expresión de serenidad.

Pero en aquel sitio, a lo menos, experimentaba siempre la melancólica y bienhechora sensación de percibir junto a sí como un aliento de aquel a quien tanto quiso, al paso que en el resto de la casa todo tendía a borrar las huellas de su existencia.

Aquella mañana, al salir de la galería, había tenido un encuentro.

Cuando transponía el umbral de la puerta, habíase cruzado en la escalera con la bella Eloísa; la baronesa de Taubeneck, que iba delante de su hija, hallábase en el tramo superior y abrumada por el esfuerzo de la ascensión no vió a Margarita. Eloísa saludó a ésta muy afablemente y fijó en ella su mirada con una expresión evidente de viva simpatía; Margarita hubo de reconocerlo así y sin embargo tentada estuvo de hacer como si no se hubiese percatado del cortés saludo y de volver a entrar en la galería sin contestarlo.

Aquella hermosa y tan celebrada Eloísa le era

cuando se dignaba sonreírse; y casi me asfixió el aroma de violeta que a su paso dejó en la escalera. Por cierto que este exceso de perfumes no me ha parecido muy propio de una persona de tan elevada alcurnia.

— ¡Hola! Ya tenemos aquí el reproche.
— No puedo sufrirla, exclamó de repente Margarita.

— Esto se llama hablar claro y sin eufemismos, dijo Herberto acariciándose la barba. ¿Sabes que en estos últimos tiempos he pensado a menudo en la chiquilla que años atrás era la desesperación de su abuela por su desconcertante franqueza y su amor a la verdad?.. La vida mundana en el extranjero ha transformado esa franqueza y ese sentimiento recto y leal en un conjunto de pequeñas malignidades amables y graciosas; en vista de lo cual creí que también se había modificado la esencia de la personalidad a que me refiero; pero por fortuna veo que se ha conservado intacta. Me alegro de volver a verla tal como era antes y no puedo menos de recordar aquella época en que el estudiante fué calificado públicamente en el patio de ladrón porque se había apoderado de una flor.

A las primeras palabras de Herberto, Margarita se había levantado y acercado a la estufa; en donde arrojó innecesariamente algunos leños, cuyas llamas iluminaron vivamente su frente sombría y ceñuda y su rostro visiblemente excitado... Estaba indignada, lo que no es decible, consigo misma; todo lo que había dicho era la pura verdad; pero al decirlo había procedido con una falta de tacto de la que se avergonzaría mientras viviese.

Quedóse de pie junto a la estufa y se sonrió forzadamente.

— Supongo, dijo contestando a la última frase de Herberto, que no te imaginarás que tenga yo ahora tan mal concepto de ti. La «vida mundana», como tú dices, endurece el alma contra las apreciaciones demasiado delicadas. En la sociedad de hoy en día se roban muchas ideas; se roba cuanto robarse puede del buen nombre, aun del allegado más querido, de sus nobles esfuerzos, de sus sentimientos leales y a ser posible se haría desaparecer de la escena toda su personalidad como desapareció, un día, en tu bolsillo aquella rosa. Esta lucha por la existencia, o hablando más propiamente, este robo por egoísmo y por envidia, puede observarse mejor que en parte alguna en la casa de un hombre célebre, y mucho de esto he aprendido yo en casa de tío Teobaldo; pero he pagado mi sabiduría con una buena parte de mi ingenuidad infantil... Así es que ahora podrías impunemente meterte en el bolsillo delante de mí todas las rosas de Blanca...

— Ahora estarían seguras; ten la certeza de que mis manos no las tocarían.

— Bueno, replicó Margarita otra vez excitada; pongamos en lugar de las rosas de Blanca, los rosales del palacio del príncipe.

— ¡Oh! Sería demasiado para un herbario como mi cartera ¿no te parece, Margarita?

Dijo esto Herberto riendo para sus adentros y arrellanándose más cómodamente en un ángulo del sofá.

— Además, añadió, no necesito entrar en aquel jardín como un ladrón, pues la baronesa y su hija comparten generosamente conmigo y con mi madre las flores y las frutas que producen sus jardines y sus huertas. Y tú también, cuando vayas, podrás llevarte un ramo de flores de su invernadero.

— Muchas gracias, no me gustan las flores criadas artificialmente, replicó Margarita con frialdad y acercándose a la puerta para abrirla.

Tía Sofía acababa de llegar de la calle y estaba sacudiéndose la nieve de los zapatos y del vestido. La buena señora quedóse asombrada cuando Herberto se levantó del sofá y la saludó.

— ¿Cómo, tenemos un convidado?, exclamó alegremente mientras Margarita le quitaba el sombrero y la capa.

— Sí, respondió Herberto; pero un convidado a quien tratan muy mal, tía Sofía. El ama de la casa ha acabado por retirarse al lado de la estufa y me ha dejado tomar el te solo.

— ¿Habrá habido examen como en otro tiempo?, replicó tía Sofía guiñando los ojos maliciosamente. Ya sabes que los exámenes son cosas que Margarita no puede sufrir. Y si por añadidura le has hablado algo del pretendiente mecklemburgés...

— En modo alguno, replicó Herberto poniéndose serio de repente y visiblemente contrariado. Pero yo creía, añadió que éste era asunto concluido.

— ¡Que ha de ser! Demasiado se lo recuerdan todos los días a Margarita, respondió la anciana frunciendo las cejas al pensar en los tormentos que a su sobrina infligía la señora consejera.

Herberto buscó con expresión interrogadora los ojos de la joven, pero ésta miraba hacia otro lado, evitando intervenir, ni siquiera con una palabra, en aquella conversación sobre un tema que tanto la disgustaba y que con tan poca oportunidad, en su con-



— ¡Puede ser que sea esto!, dijo tía Sofía apurando su taza de te

cepto, había tocado tía Sofía... Pero ¡que se atreviera su tío a meterse en este asunto y a unir sus esfuerzos a los de la abuela para hacerla mudar de opinión! ¡Que se atreviera!..

Persistiendo en su silencio, acercóse a la tetera a fin de llenar una taza para tía Sofía.

Herberto, sin volver a aproximarse a la mesa, entregó a aquella el paquete de te que le había traído y después de cambiar con ella algunas frases de cumplido, cogió la piel y tendió la mano a Margarita que apenas la rozó con las puntas de sus dedos.

— ¿Qué, no me das las buenas noches?, le preguntó. ¿Tanto te has enfadado porque me he quejado de ti a tía Sofía?

— Estabas en tu derecho, tío; pues reconozco que no me he portado muy cortésmente contigo. Pero no estoy enfadada, sino simplemente apercebida para la lucha.

— ¿Contra molinos de viento, como Don Quijote?,



... y apoyando sus brazos en el alféizar...

replicó Herberto sonriendo y clavando sus ojos en los de su sobrina que brillaban coléricos.

Y sin decir más, se fué.

— Es asombroso lo que ese hombre ha variado, dijo tía Sofía, disimulando una sonrisa y mirando por encima de la taza de te el pálido semblante de Margarita, que, vuelta hacia la ventana, contemplaba con ojos sombríos los copos de nieve que seguían cayendo. No puedo negar que siempre ha sido bueno y cortés conmigo; pero antes era para mí un extraño por su frialdad y por el aire de gran señor que se daba... Ahora, en cambio, me parece muchas veces que lo he criado y educado, como os crié y educé a vosotros; se encuentra tan afectuoso, tan comunicativo... y esto de que esta noche haya venido aquí a tomar el te...

— Te explicaré todo esto, tía, dijo Margarita interrumpiéndola friamente. Hay momentos en la vida en que uno quisiera estrechar en un solo abrazo al mundo entero; y en uno de estos momentos se encuentra ahora Herberto, después de haber estado en la residencia y de haber hecho una visita a la

corte, de donde ha traído, según él mismo ha dicho, noticias altamente satisfactorias. Esperemos, pues, para dentro de poco, la proclamación de sus desposorios.

— ¡Puede ser que sea esto!, dijo tía Sofía, sonriendo siempre y apurando su taza de te.

XX

A la mañana siguiente, Margarita estaba asomada a la ventana de la sala de confianza, quitando la capa de nieve que cubría el alféizar por la parte de afuera y arrojando migas de pan y alpiste a los hambrientos pájaros.

El trozo de cielo que se veía desde el patio era de un azul purísimo y brillante y no había conservado el más pequeño copo de nieve; y si de cuando en cuando se desprendía alguno, procedía de una rama de tilo que, no pudiendo con la nieve sobre ella acumulada, dejaba caer una parte de su carga al suelo...

Hacia un frío intenso; ninguna paloma se atrevía a salir del palomar, y los pájaros, para quienes Margarita preparaba la mesa, preferían morir de hambre en sus escondites. Ni el más leve rumor de alas turbaba en el patio el profundo silencio matutino.

Margarita, aterida de frío, disponíase a cerrar la ventana cuando se abrió la puerta de la caballeriza y apareció en ella, montado en un soberbio caballo pardo, Herberto, quien saludó a su sobrina y se acercó adonde ésta se hallaba.

— ¿Vas a Dambach a ver al abuelo?, le preguntó Margarita casi conteniendo la respiración.

— Primero voy al palacio del príncipe, respondió Herberto abrochándose los guantes. Quizás conseguiré mejor que tú leer en el rostro de la bella Eloísa lo que deseo saber. ¿Qué opinas tú de ello?

— Opino que lo que dices desear saber lo sabes de sobra y que para nada necesitas consultar con un oráculo, respondió secamente la joven. En cuanto a si esa señorita se dignará recibirte en hora tan temprana, ésta ya es otra cuestión; pareceme que cuida demasiado de su persona para estar tan de mañana en disposición de recibir.

— También en esto te equivocas. Apostaría a que en este momento está en la caballeriza de palacio vigilando la *toilette* de su *Lady Milford*. Es una apasionada de la equitación. ¿No la has visto montar?

Margarita hizo con la cabeza un signo negativo.
— Pues monta a la perfección y es la admiración de todo el mundo. Cuando se la ve venir de lejos sobre su magnífico caballo parece una Walkiria. Por lo demás, esa *Lady Milford* no es un inglés pura sangre, sino un buen mecklemburgés, admirablemente conformado y dócil... Quizás tú conoces la raza...

— La conozco; el señor de Billingen tiene dos hermosos caballos de tiro mecklemburgueses.

Al pronunciar aquel nombre arrojó altivamente el guante a su adversario. Ya podía llevarla ahora al terreno a que de continuo la llevaba su abuela; prefería esta lucha franca a tener que oír de continuo las alabanzas dedicadas a una persona a la cual de testaba.

Estaba apercebida y sentía arder en su corazón una verdadera ansia de batalla.

Herberto se inclinó y dió algunos golpecitos en el cuello del caballo que se impacientaba.

— Y el coche de que tiran esos hermosos caballos será, por supuesto, un carruaje elegante, preguntó tranquilamente.

— Sí, es un coche precioso que hasta en Berlín causa admiración, y sus asientos de raso de color gris plata son conocidísimos. El señor de Billingen nos ha paseado en él muchas veces a tía Eloísa y a mí.

— Y lo guiará un cochero distinguido, de arrogante figura...

— ¡Oh, sí, muy arrogante! Alto y grueso, blanco y rojo como una flor de manzano; enteramente el tipo del alemán del Norte, un tipo como el de la joven dama del palacio del príncipe.

Herberto clavó una rápida mirada en la joven cuya boca estaba contraída en una expresión de altivez y que tenía las mejillas como la grana, y se sonrió.

— ¡Ea, Margarita!, dijo. Cierra la ventana, que vas a enfriarte. Estas cosas se discuten mejor junto a la mesa del te.

Y haciendo un profundo saludo, se alejó, mientras Margarita cerraba con violencia la ventana.

(Se continuará.)

MELILLA. - UN NUEVO AVANCE SOBRE ZIATA Y EN EL HARRAIG. (Fotografías de Lázaro.)



El comandante general Aizpuru con su cuartel general a su paso entre las fuerzas regulares indígenas durante la visita que hizo a las posiciones nuevamente ocupadas en los montes de Ziata

Continuando el plan de operaciones perfectamente concebido y estudiado por el actual Residente de España en Marruecos general Jordana y bajo la alta dirección de éste, el comandante general de Melilla general Aizpuru ha realizado el día 26 de marzo último un nuevo avance en Ziata y en la dilatada llanura de Harraig.

Efectuaron esta operación cinco columnas: la de la extrema derecha, que mandaba el teniente coronel Arjona, del batallón de Talavera, reforzada por la del coronel Feijoo; la del flanco derecho, al mando del general Fridrich; la del centro, a las órdenes del general Jiménez Pajarero; la del ala izquierda, mandada por el coronel López Sanz; y la de apoyo de esta ala, al frente de la cual estaba el teniente coronel Espinosa.

Las vanguardias de todas estas columnas las formaban fuerzas de la Policía indígena a las órdenes del coronel Suárez Inclán.

Las columnas realizaron admirables marchas nocturnas, casi todas por terreno montuoso erizado de obstáculos, sin que se registrase el más pequeño incidente ni perdieran el contacto las diversas fracciones que las constituían.

Los servicios de abastecimiento nada dejaron que desear: en la llanura, arreglados los malos pasos, llegaban los automóviles hasta las nuevas posiciones; en las zonas montuosas cumplieron igual cometido las secciones a lomo.

Antes del amanecer, se habían posesionado nuestras tropas de las nuevas posiciones, que significan un importante avance de Norte a Sur y otro de Este a Oeste de unos diez kilómetros en la citada llanura de Harraig.

Como detalle revelador de la hábil política desarrollada por el alto mando en Marruecos, merece citarse el de que los notables de la tribu de Beni-bu-Yahi que habita en aquella región

tomaron las armas para marchar en vanguardia, organizando ellos mismos jarcas amigas para ser los primeros en combatir si los rebeldes se aprestaban a la resistencia.

El comandante general Aizpuru, que había salido a las tres de la madrugada de Melilla,

con sus ayudantes, jefe de Estado Mayor, sección de campaña y comandantes principales de Armería e Ingenieros, dirigió a Sidi-el-Bachir, desde donde dirigió la operación.

Más tarde recorrió el frente, que tenía una extensión aproximada de 20 kilómetros, presenciando los trabajos de fortificación de las nuevas posiciones conquistadas, trabajos que con toda actividad llevaban a cabo los ingenieros ayudados por la Infantería, mientras los artilleros preparaban las baterías que debían quedar instaladas en aquéllas.

Después de recorrer toda la línea marchó el general Aizpuru a Ziata, en donde almorzó, y luego volvió a Sidi-el-Bachir para dirigir el regreso de las tropas.

A las dos de la tarde quedaban fortificadas las nuevas posiciones y comenzó la concentración de tropas para el repliegue, que se efectuó con el orden más perfecto.

Los nuevos puestos quedaron en comunicación telefónica con la Comandancia general de Melilla, adonde llegó el general Aizpuru con su Estado Mayor al oscurecer.

Para facilitar la operación que dejamos reseñada y que se efectuó sin ninguna baja por nuestra parte, el general Aizpuru dispuso que el general Arraiz, inspector del Kert,

llamara hacia este punto la atención de los díscolos. Esta estratagema produjo el resultado apetecido, pues hacia allí acudieron los rebeldes, los cuales fueron batidos por nuestras tropas, que les causaron diez muertos y numerosos heridos, teniendo ellas sólo cuatro heridos de la policía indígena.



Moros de la jarca amiga que, saliendo del Hianen, avanzaron hasta ocupar las posiciones de Abada y Sidi-Bachir, en donde permanecieron observando los movimientos del enemigo



El comandante general Aizpuru en el zoco de Harraig hablando con los jefes de las cabilas ocupadas que fueron a saludarle y hacer acto de sumisión



Oficiales de la columna del general Fridrich tomando el té en las posiciones de Arrof con los jefes moros de la cabila de Beni-bu-Yahi



Lisboa. Grandiosa manifestación popular en favor de la guerra. — La manifestación, precedida de las banderas francesa y portuguesa, pasando por la Avenida de la Libertad. — El Presidente de la República D. Bernardino Machado presenciando desde un balcón de la Cámara Municipal el paso de los manifestantes que lo aclaman con entusiasmo (De fotografías de A. Rato.)

ENRIQUE GRANADOS

La trágica muerte del maestro Granados ha causado un sentimiento universal y unánime de duelo y de piedad y horror al mismo tiempo: de duelo, por tratarse de la pérdida de una de nuestras mayores y más legítimas glorias musicales; de piedad y de horror por el momento y por las circunstancias en que la muerte se ha producido.

Granados acababa de obtener en Nueva York, adonde había ido acompañado de su amantísima esposa, un inmenso triunfo con el estreno de su ópera *Goyescas*: había sido allí aclamado por el público, celebrado por la prensa, festejado por la alta sociedad neoyorkina y agasajado por el magistrado supremo de la gran nación norteamericana; había visto realizados sus naturales ensueños de gloria y coronada por el más grandioso éxito una carrera enteramente consagrada al arte; tenía abierto ante sí el porvenir más esplendoroso, premio merecidísimo de su genio, de sus trabajos ímprobos, de sus abnegados sacrificios; y podía esperar para el resto de su vida en un bienestar honrada y afanosamente conquistado.

Terminados sus compromisos en Nueva York y antes de ir a Buenos Aires, en donde próximamente había de ponerse en escena *Goyescas*, quiso abrazar a sus hijos, a quienes había dejado en Barcelona, y compartir con ellos las alegrías y las satisfacciones del triunfo conseguido, y se embarcó para Inglaterra y desde allí para el continente, a bordo del vapor *Sussex*, torpedeado por un submarino alemán durante la travesía de Folkestone a Dieppe. Según relato de un sobreviviente, el hijo del ilustre pintor Enrique Serra, cuando ocurrió la explosión Granados y su esposa se lanzaron a una balsa; pero habiendo resbalado de ésta la infeliz señora, Granados arrojóse al agua con objeto de salvarla. Sus esfuerzos, sin embargo, resultaron inútiles y a los pocos momentos los dos esposos, abrazados, desaparecieron cubiertos por las olas.

Esta muerte espantosa ha arrancado una vez más de todos los pechos honrados un grito de indignación contra esta guerra horrible en que tantos pueblos se despedazan, y en la cual parecen legítima-

dos los más bárbaros procedimientos de destrucción que directa o indirectamente puedan dañar al adversario aunque de su empleo resulten sacrificadas tantas víctimas inocentes.

Enrique Granados había nacido en Lérida el 27 de julio de 1868 y estudiado en Barcelona el piano con el célebre Pujol y la armonía con el ilustre Pedrell, habiendo completado su educación musical en París con el insigne profesor Beriot. De regreso en Barcelona, dióse a conocer como pianista notabilísimo, y en numerosos conciertos alcanzó entusiasmas éxitos, que se confirmaron luego en varias excursiones artísticas que hizo a otras ciudades de España y del extranjero, especialmente en París, donde obtuvo grandes triunfos, triunfos que nunca le envanecieron, pues Granados unía a un carácter bondadoso y afable una singular modestia.

Con ser un pianista de ejecución maravillosa, no era Granados lo que se llama un virtuoso del piano: jamás buscó el aplauso por los medios efectistas; jamás sacrificó la brillantez a la sinceridad de la interpretación, y sin dejar de imprimir un sello personal en las piezas que tocaba, preocupábase, en primer término, en que se destacase por encima de todo el pensamiento, el espíritu de los autores de las mismas. Era, además, notabilísimo compositor que ponía en sus obras toda la poesía, todo el sentimiento, toda la ingenuidad de que su alma privilegiada rebotaba.

En Barcelona fundó la Academia de su nombre, de la que han salido muchos y muy aventajados discípulos.

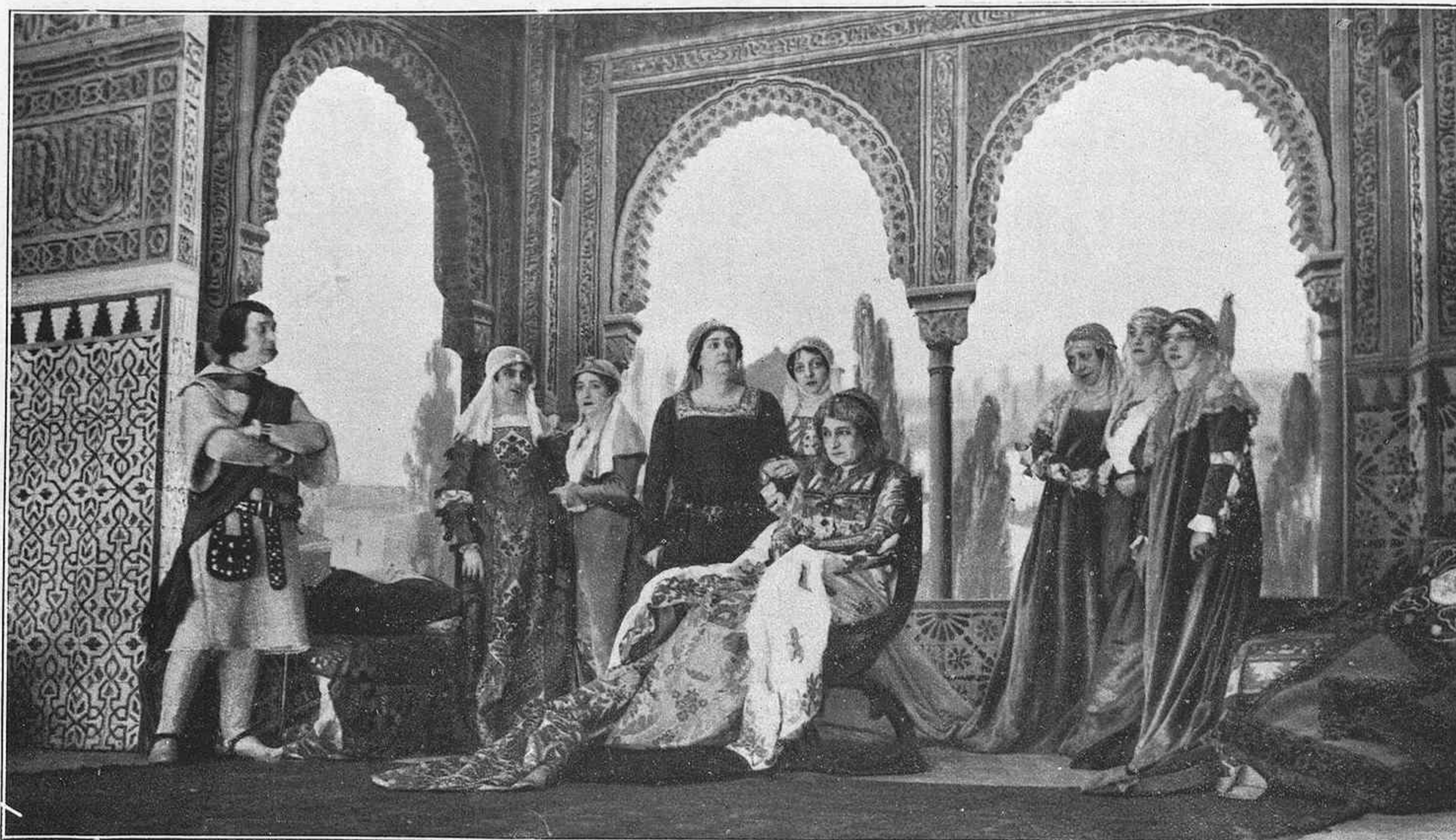
Granados dejó escritas numerosas piezas para piano, entre ellas *Danzas españolas*, *Estudios expresivos*, *Valses políticos*, *Escenas románticas* y *Goyescas*, arregladas luego para ópera; un *Concierto* para piano y orquesta, tres poemas sinfónicos y las partituras de *Miel de la Alcarria*, *María del Carmen*, *Follet*, *Petrarca*, *Gaziel* y algunas más. Con sus famosas *Tonadillas* creó una nueva forma de canciones con toda la gracia y los atractivos de las melodías populares.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al dedicar un piadoso recuerdo y un testimonio de admiración al infortunado maestro, envía a su desconsolada familia la expresión de su pénsame más sentido.

Preservaos del polvo y del humo que estropean el cutis usando diariamente Jabón HENO de PRAVIA y POLVOS VICTORIA

A. Ehrmann.

MADRID. - NOVEDADES TEATRALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Una escena del segundo acto de *El Gran Capitán*, leyenda dramática en tres actos y en verso original de Eduardo Marquina, estrenada con éxito en el Teatro de la Princesa

En el Teatro de la Princesa y para beneficio de la eminente actriz María Guerrero, se ha estrenado con buen éxito una leyenda dramática en tres actos y en verso original de Eduardo Marquina y titulada *El Gran Capitán*. El poeta, sin atenerse estrictamente a la verdad histórica, y por esto sin duda califica su obra de leyenda dramática, nos presenta a Gonzalo Fernández de Córdoba, no como el valeroso caudillo vencedor en cien combates y conquistador de reinos, sino como un hombre enamorado de su Reina, dócil a su voluntad y a sus designios, suponiéndolo animado de un sentimiento ardoroso que, aun siendo desesperanzado, es en él el mayor acicate para dar cima a sus gloriosas empresas.

También a la Reina Isabel atribuye Marquina una inclinación amorosa hacia el Gran Capitán, inclinación, por supuesto, puramente platónica, que apenas se manifiesta en algunos rasgos discretamente expresados.

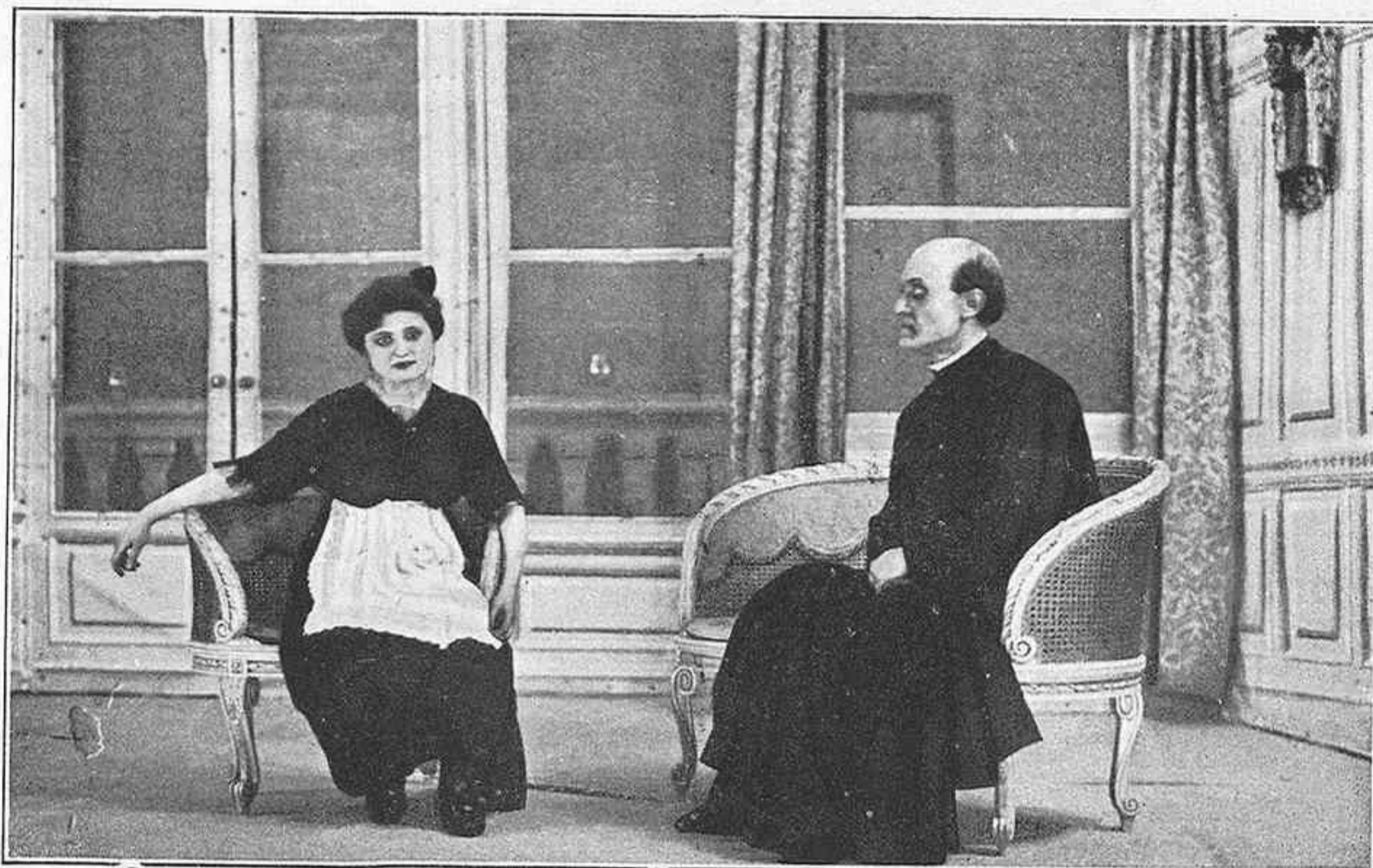
Marquina, pues, ha escrito más que un drama histórico un poema de dos almas que se atraen sin poder juntarse, dando para ello como cierto lo que apuntan ciertos cronistas como sospecha y otros, con más fundamento sin duda, rechazan como especie calumniosa. El mismo, haciendo la autocrítica de su obra, ha escrito: «No pretendo en *El Gran Capitán* hacer reconstitución histórica ninguna en el sentido científico y estricto de la palabra. Mi propósito es dar, en forma teatral, una impresión personal y poética del alma de Gonzalo de Córdoba y del tiempo en que vivió.»

Sin entrar a discutir si el poeta obró bien o mal adaptando a este punto de vista y a estos propósitos figuras de tanta magnitud histórica como las que en *El Gran Capitán* intervienen y que así colocadas han de resultar forzosamente falsas o singularmente empuñadas, diremos que la última producción del Sr. Marquina está bien construida y despierta el interés del público. La versificación, armoniosa y sonora, encierra muchas bellezas: el canto a la Alham-

bra y la evocación a Córdoba, entre otros fragmentos, son de una elevada inspiración y de vigoroso colorido. En la interpretación de *El Gran Capitán* sobresale en primer término la eminente María Guerrero, que encarna en toda su serenidad, majestad y soberanía la figura

de la gran Reina, exteriorizando magistralmente los sentimientos que en ésta ha imaginado el autor y diciendo de un modo maravilloso los versos que en sus labios ha puesto el poeta. Fernando Díaz de Mendoza da gran realce al personaje de Gonzalo de Córdoba; las señoritas Ruiz Moragas y Ladrón de Guevara, la señora Salvador, y los Sres. Codina, Palanca, Cirera, Juste y Capilla contribuyen a formar un inmejorable conjunto.

La obra ha sido puesta en escena con la riqueza y la propiedad tradicionales en cuantas obras se representan en el Teatro de la Princesa.

Una escena de *El Infierno*, juguete cómico en tres actos de los Sres. Paso y Abati, estrenado con buen éxito en el Teatro de la Comedia

El infierno se titula el juguete cómico en tres actos original de los señores Paso y Abati estrenado con excelente éxito en el Teatro de la Comedia; y aunque el asunto no es nuevo, pues son muchos los autores que en una u otra forma lo han llevado a la escena, está presentado con gran ingenio y escrito con verdadero derroche de gracia.

El infierno, en esta comedia, es el tormento en que vive de continuo el pobre Angel, marido bueno y pacientísimo, por culpa de las nerviosidades de su mujer y las exigencias de su suegra, que acaban por hacerle imposible la existencia conyugal. Al fin, perdida la paciencia, huye de sus atormentadoras y de su casa; pero

después de mil graciosos lances y convencida la suegra de lo injusta que ha sido con su yerno, vuelve éste al hogar y renace entre los cónyuges la perdida calma.

En la interpretación de *El infierno* alcanzan muchos y merecidos aplausos las señoras Muñoz, Cortés y Martínez, las señoritas Pacello y Gorostegui, y los Sres. Zorrilla, Bonafé, González, Romea, Asquerino y Moreno.

CUENTOS DE UNA REINA

POR CARMEN SYLVA

ISABEL, REINA DE RUMANIA

EDICIÓN ILUSTRADA

Un tomo ricamente encuadernado de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL

Precio, 6 pesetas.—NUEVA EDICIÓN



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN